

La teoría pura del imperialismo norteamericano

Por teoría pura del imperialismo norteamericano entiendo la enunciación formal y lógicamente compacta de sus mayores rasgos nacionales e internacionales. No creo que exista, desde la perspectiva del imperialismo mismo, obra más nítida, directa y difundida en su tiempo que la de Charles Arthur Conant (1861–1915).

Paralelos, sus escritos se apoyan a veces, anticipan otras y discrepan siempre en tono moral de los del inglés John Atkinson Hobson (1858–1940). Ambos razonan, Atlántico de por medio, en los lineamientos del darwinismo social (Herbert Spencer), el imperialismo liberal (Pierre Paul Lerou-Beaulieu) y el enfoque fisiológico de los sistemas productivos (Hobson en 1889) y los sistemas monetarios y financieros (Conant en 1896). Ambos se conmueven ante las zarpadas que la energía anglosajona asesta al viejo colonialismo en América, Asia y África: la guerra con España mueve a Conant a publicar en septiembre de 1898 el artículo "The Economic Basis of Imperialism", y la guerra de los *Boers* es el trasfondo del artículo "Imperialism" que Hobson publica en marzo de 1899.

Finalmente, ambos compendian en 1900 su tratamiento periodístico del tema, Conant en *The United States in the Orient* y Hobson en *The War in South Africa*, preámbulo del clásico "Imperialismo" de 1902. Herético, Hobson se resistirá a aceptar al imperialismo como "destino ciego e ineluctable"; dogmático de los hechos, Conant corrobora dondequiera el "camino del destino" que se abre para los Estados Unidos: dialécticamente, la premoción de Hobson sobre la *pax britannica* debe contemplarse a trasluz del júbilo de Conant y su *pax americana* para atar los cabos históricos sueltos en el análisis del imperialismo contemporáneo.

Que nosotros pasemos por alto a Conant, obedece a nuestra ignorancia general e injustificable del mundo norteamericano; que los propios norteamericanos lo hagan se debe a la fragmentación intelectual que relativiza, minimiza y oculta la totalidad económica en aras del "rigor empírico". Julius Pratt, padre de la historiografía oficial del imperialismo norteamericano, suprime a Conant al declarar insostenible la tesis de "los motivos económicos racionales" que en 1898 pudieran haber normado la actitud del sector empresarial: si algo abrigan entonces los "negocios americanos", afirma Pratt, es un "sentimiento librecambista", "la fe en la operación

de las fuerzas naturales en un mundo ampliamente entregado a un sistema de libertad de comercio".¹

En el ámbito de la técnica y la organización, el capitalismo norteamericano afianza su inocencia imperial en la ulterior historiografía que atribuye los eventos de 1898 al impulso irracional procedente de los extremos sociales, el patriciado conservador hacia arriba y las *underdog forces in American society* (Hofstadter) hacia abajo.

Así, al conceder una cierta intencionalidad imperialista, la historia económica puede referirla a la vieja aristocracia (los Roosevelts, los Lodges o los Adams) y su culto al *warlike spirit* y las virtudes marciales; para la historia social, el tránsito de la "política continental tradicional" al "imperialismo mundial" dimana de una "decisión inesperada" anclada en lo que Hofstadter denomina "la economía psíquica" de los años noventa: freudianamente, los grandes movimientos de masas (populistas y obreristas) terminan desfogando allí sus "impulsos agresivos" y su idealismo humanitario, acicateados por la crisis económica, la prensa amarillista y "un pequeño grupo de políticos, intelectuales y publicistas".²

Sobre esos presupuestos, la única "mano visible" que la historia de los negocios admite para explicar la grandeza norteamericana de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX es la del *managerial capitalism*, cuya estrategia organizativa (multiunitaria) desencadena la "revolución" en el transporte, las comunicaciones y la producción y distribución en masa sin tener por qué hacer la menor referencia al estatismo y al militarismo concurrentes en el proceso.³ Aun aquellos que se dicen receptivos a las tesis de la historiografía de la izquierda (William Appleman Williams o Gabriel Kolko) y registran la articulación empresarial y estatal en el periodo, la circunscriben al comercio exterior y la refieren a los "pequeños fabricantes" y no a los *big business* desconfiados siempre de la intervención del Estado en "los asuntos privados". Para William Becker no se trata, por tanto, sino de una articulación precaria entre los exportadores y una red de agencias burocráticas e inter-burocráticas (el Departamento de Estado, el Congreso y el Departamento de Comercio) tan densa y pesada que determina que los productos de la pujante tecnología norteamericana hayan de imponerse en el mercado internacional "sin una asistencia federal significativa".⁴

¿Cómo hablar entonces del ideólogo imperial del capitalismo norteamericano? Aunque poseamos la constancia de sus planteamientos y sus ejercicios monetaristas

¹ Julius W. Pratt, *Expansionists of 1898. The Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands* (1936), Nueva York, E.U.A., Quadrangle Books, A New York Times Company, s./f., especialmente p. 257.

² Cfr. Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays* (1952), Nueva York, Vintage Books, A Division of Random House, 1967, pp. 163-185, y Charles H. Hession Hyman Sardy, *Ascent to Affluence. A History of American Economic Development*, Boston, Allyn and Bacon, Inc., 1969, pp. 577-579.

³ Ver, en general, Alfred D. Chandler, Jr., *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge, Massachusetts and London, England, The Belknap Press of Harvard University Press, 1977.

⁴ William H. Becker, *The Dynamics of Business-Government Relations. Industry & Exports, 1893-1921*, Chicago-London, The University of Chicago Press, 1982, especialmente pp. VIII a XIV.

y bancarios, la especialización historiográfica ha esfumado el ámbito espacial y temporal en el que Charles Arthur Conant aparecería como el proyectista y el implementador nada secundario de la infraestructura financiera del capital norteamericano internacionalizado. Vayamos pues a Conant, porque Conant no es ni el eco de sí mismo ni el de un solo segmento social-lejisísimos de la visión miope de los pequeños exportadores, los populistas o los aristócratas supuestamente anacrónicos —el imperialismo cobra en él la conciencia totalizadora que sólo puede proceder del rectorazgo financiero nacional.

En Conant, Washington y Wall Street se conjuntan, conciertan acciones, preparan la opinión pública. El prestigio del erudito en cuestiones bancarias y la corresponsalía en la capital del beligerante e influyente *Journal of Commerce* de Nueva York, el que en 1897 formula el imperativo de los mercados asiáticos y la contención de Rusia en China, hacen de Conant un personaje doblemente atractivo para la clase dirigente norteamericana. Por una parte, se acude a su condición de divulgador de la versión más conveniente de la crisis y su “solución permanente” —la de la exportación de capitales—, de allí que sus artículos circulen en los grandes tirajes de la *North American Review*, la *Review of Reviews*, el *International Quarterly* o *The Forum* y *The Atlantic Monthly*. Por la otra, Lyman Gage, banquero chicaguense y secretario del Tesoro, lo acerca a Elihu Root, imperialista profesional, abogado corporativo y secretario de Guerra, y éste le encomienda la estructuración bancaria y monetaria de las Filipinas a manera de que “ofrezcan atractivo para la gran inversión del capital americano”.

“Padre de la moneda filipina”, insertador de la banca norteamericana en la vida económica de las islas, Conant alterna la teoría (*Principles of Money and Banking*, 1905) con la práctica corporativa (tesorero de la Morton Trust Company, funcionario y organizador aquí y allá) y la asesoría gubernamental en las reformas monetarias de México, China, Panamá, Nicaragua y Cuba, donde muere. El perfil se completa con su celibato y su diligencia como consultor monetario del Departamento de Guerra y representante norteamericano ante diversas comisiones internacionales de crédito y comercio.

No es Conant, puede verse, hombre que tema infringir la leyenda empresarial que separa el desarrollo de los negocios privados de las esferas estatales y militares. Su liberalismo tampoco teme las contradicciones y las incongruencias, al fin que nadie cuenta con “la clave única para resolver el acertijo multiforme de la sociedad”. Ahora que, también, el que se le arrincone casi al morir se explica justamente por su franca visualización del capitalismo orgánico (monopólico) y su organización internacional sobre pautas heterodoxas a las de la economía política venerable. Util instrumentalmente, Conant se vuelve en cuestión ideológica incómodo a medida que va asentándose la hegemonía mundial norteamericana. Funcional en su época, Conant resulta disfuncional en la nuestra, donde el imperialismo se resiste a contemplarse en el espejo liso de su propia destructividad.

I. La teoría del nuevo capitalismo

La última década del siglo XIX cancela en los Estados Unidos, por la vía del control

monopolista del mercado, del crédito y la moneda que abrieran los ferrocarriles, el universo competitivo ideal de los pequeños productores independientes. Frederick Jackson Turner, filósofo de la historia, interpreta la crisis y la violencia como los indicios del fin de la *frontier* continental, del espacio que al correrse al Oeste oxigena la democracia. Con ello legitima los preparativos expansionistas que, antes y después de la Guerra de Secesión, lleva a cabo una clase dominante representada por las figuras de Henry Clay, William Henry Seward, James Gillespie Blaine y los contemporáneos Marcus Alonzo Hanna y William McKinley. También Charles Arthur Conant —se dice— “trasciende” la turbulencia ideológica, que va entonces desde los delirios apocalípticos y milenaristas del protestantismo hasta los secos dictados de la geopolítica y sus *Maria Nostra*, el Caribe y el Pacífico (Alfred Thayer Mahan). Aunque la médula darwinista sea la misma, la obra de Conant tiene, no obstante, la medida de quien trata con cifras y hechos, la solidez materialista del que recurre a la economía para explicar problemas económicos. Como Turner, Conant dilucida la crisis de 1893 mucho más en términos de evolución que de involución; como Turner, no cuestiona al sistema que conduce a ella; a lo más, a su vacilación para dar el siguiente gran salto orgánico. Porque lo que allí oprime y obstruye es la exuberancia, no la escasez: “en todas las sociedades viejas y ricas, el capital circulante y disponible es exorbitantemente abundante”, le revela la lectura de Leroy-Beaulieu.⁵

La lectura de Leroy-Beaulieu no es para Conant lectura fragmentaria, circunscrita a coincidencias eventuales. Ni el reduccionismo ni el voluntarismo le inducen a insertar la realidad norteamericana en los esquemas de la Economía y la Sociología de la derecha europea (confróntesele con Vilfredo Pareto) o a dejar translucir la europeidad (presupuesto de la carta de ciudadanía imperial) de los Estados Unidos. No lejos de Turner, su instrumental estadístico documenta el desarrollo de un complejo histórico correlacionado más con el avance del capitalismo metropolitano que con el del resto del mundo, por no mencionar el de la otra América.

De aquí que la línea de argumentación de Conant choque con la anglofobia y el antisemitismo, que lo achacan todo a la sujeción del capitalismo norteamericano al capitalismo internacional (Lombard Street) a través del patrón oro y la depredación monopolista de las “sabandijas doradas” de Wall Street. Desviándolos, Conant muestra cómo se depura la composición del capitalismo norteamericano al crearse, bajo la magia norteamericana de los *trusts*, los mecanismos nacionalizadores de la uniformidad monetaria y la organización industrial y financiera. Ello no quiere decir que Conant renuncie al filón ideológico del aherrojamiento del capitalismo “bueno” que comparten los populistas y los patricios (señaladamente Brooks Adams). Quiere decir que, por el contrario, Conant adopta la bandera nacionalista y, separándola del “prejuicio” en boga de la gran conspiración lutocrática, encausa la protesta, el mesianismo y el racismo hacia la idea de la competencia superior entre las entidades empresarial-nacionales que alcanzan ya la etapa del capital orgánico y organizado.

Desde luego, Conant maneja, otra vez como Turner, la premisa pragmática de la

⁵ Cit. en Charles A. Conant, “The Economic Basis of Imperialism” (septiembre de 1898), en *The United States in the Orient. The Nature of the Economic Problem* (1900), New York—London, Kennikat Press, Port Washington, 1971, p. 7.

“excepcionalidad histórica” de los Estados Unidos. Premisa que legitima el doble juego del determinismo y el indeterminismo, de la inminencia revolucionaria y la creatividad empresarial, de las leyes generales del capitalismo y las licencias especiales del capitalismo norteamericano. En ese orden discursivo, el primer planteamiento corresponde, sin embargo, al materialismo económico más implacable. Apegándose a la lógica interna del sistema capitalista, Conant habla del “fenómeno moderno” del crecimiento del excedente económico de los países industriales avanzados y el decrecimiento consecuente de las tasas de interés sobre el dinero ahorrado. La frugalidad que a principios del siglo XIX fuera estimulada por los “réditos adecuados” se vuelve “una amenaza para el futuro económico de los grandes países industriales”. “Ante el exceso de la oferta, el capital ya no se necesita más: se ha congestionado”. Allí, en la ruptura del equilibrio entre el ahorro y las “nuevas demandas de capital”, está “una de las enfermedades mundiales de hoy”. Enfermedad que en los Estados Unidos aparece con la declinación de la tasa de ganancia del 6% al 3.5%: el “incremento de la oferta de capital rentable”, si bien no absoluto, relativo, deja ver un exceso considerable en relación “al incremento de la demanda efectiva” y, más allá, la proximidad de “un notable cambio en las condiciones económicas de los Estados Unidos”.⁶

Ahora que para hacer irrefutable la solución imperialista, Conant transpone la variable europea para demostrar cómo las mismas condiciones del maquinismo y el “orden civil” instaurados tras las guerras napoleónicas invalidan históricamente la posibilidad de aliviar el congestionamiento de capital dentro de los parámetros convencionales del sistema. Ni siquiera la guerra francoprusiana consigue “elevar permanentemente la tasa de ganancia” o, por lo menos, impedir que descienda; Leroy-Beaulieu aclara que, al contrario, cada interrupción en la caída de la tasa de ganancias conduce al final a que ésta “decline a un nivel más bajo que el anterior”, y lo ilustra con la línea descendente a lo largo de la segunda mitad del siglo cuyas intermitencias no obstan para que aquélla alcance en Francia su punto más bajo en 1897.⁷

Al exceso de capital y a su baja demanda efectiva, y no a otra cosa, debe pues atribuirse el que los dividendos se hayan reducido, “de tal manera que todos los ahorros adicionales de media generación no harán sino compensar el efecto de las tasas decrecientes de ganancia”. El menoscabo de la productividad del capital en los últimos quince años puede corroborarse dondequiera, en Francia, en Alemania o en Escocia: está en el hecho de que se duplique la maquinaria productiva sin que se logren “beneficios substanciales para la comunidad e incluso para los inversionistas”; está en el intento de los gobiernos europeos por consolidar su deuda pública o buscar su conversión a tasas reducidas de interés y “siguiendo tan sólo la tendencia de los préstamos comerciales”; está en el propósito de las sociedades industriales y

⁶ Cfr. Idem., pp. 5–9 y Charles A. Conant, “American Interests in the Orient”, tomo II, *Statesmanship and Diplomacy*, de *The Making of America* (1905), Robert Marion La Follette editor in chief, William M. Handy y Charles Higgins managing editors, Chicago, The Making of America Co., 1906, p. 249.

⁷ Charles A. Conant, “Can New Openings be found for Capital?”, en *The United States in the Orient*, Noviembre de 1899, pp. 95–96.

ferroviarias “de redimir sus obligaciones y estrechar el campo de sus posibles inversiones”.⁸

La excepcionalidad histórica norteamericana no se substrahe de la inflexible legalidad capitalista que postulan las mejores inteligencias europeas (las de Leroy-Beaulieu o Eugen Böhm Bawerk) desde el ángulo científico de la abundancia del capital. Esa legalidad desmiente el torpe regresivismo económico de los populistas y vuelve insensata “la solución socialista del abandono del ahorro, de la aplicación de todos los ingresos del trabajador al consumo corriente y de la asistencia a la vejez a partir de los impuestos a la producción de la comunidad”. Si Conant concede a su peculiar socialismo el beneficio de la duda histórica y deja en suspenso (por “un largo tiempo”) su eventual aceptación “en algún Estado civilizado moderno”, el tono cambia al referirse a los buenos deseos de los reformistas y su argumento de que la juventud y la vastedad del propio país imponen colocar allí “el enorme excedente de capital ahorrado que proviene de la producción maquinista”.

Para él, “la creación de nuevas demandas internas para la absorción de capital” abre riesgos e incertidumbres nada desdeñables. Porque aunque en principio parezca plausible el recurso a la expandibilidad de los deseos humanos, el realismo histórico y matemático aconseja subrayar que “jamás ha ocurrido antes una situación en la cual la proporción de capital a ser absorbido fuese tan grande en relación a las demandas posibles”. Que ello no se olvide si lo deseable es evitarse que “el edificio entero del orden económico actual sea sacudido por la revolución social”.⁹

Y es que, en primer lugar, la inversión interna se expone en los Estados Unidos a las mismas condiciones de irredituabilidad y subconsumo que experimentan las inversiones en Europa. De frente a los que hablan de superficies irrigables o explotables, de túneles o puentes por construir, Conant afirma sin duda que, en términos generales, los estados norteamericanos de la costa atlántica “y varios de los estados interiores” se encuentran ya plenamente equipados con los medios necesarios para la producción y la comunicación. Lo más que se podría introducir en ellos serían “mejoras” —pagables con los ingresos de los ferrocarriles o del Estado— que no resultarían sino “adiciones a los bienes acumulados por una comunidad”.

Por otra parte, se equivoca aquel que sostenga que las inversiones realizadas a pesar “del curso descendente de la tasa de ganancia” serán finalmente compensables y autocorregidas por el propio sistema y su “equilibrio natural entre la producción y el consumo”. No se espere equilibrio espontáneo alguno de la oferta y la demanda: descártese la teoría clásica según la cual la sociedad se beneficia tarde o temprano por la reducción de la tasa de interés al incrementarse la disponibilidad de dinero.

La experiencia ha demostrado, empero, que cuando el capital ahorrado se acumula rápidamente, la búsqueda a tientas de nuevos empleos para él, especialmente dentro de los límites de una comunidad industrial bien desarrollada, provoca desperdicio y desastre.¹⁰

⁸ Charles A. Conant, “The Economic Basis of Imperialism”, pp. 17–23.

⁹ *Idem*, pp. 25–27.

¹⁰ Charles A. Conant, “The New Economic Problems” (publicado originalmente bajo el título “Recent Economic Tendencies”), en *The United States in the Orient*, (junio, 1900, pp. 138–139).

La crítica del reformismo subconsumista cubre varios flancos en Conant. La misma naturaleza de toda reforma le hace temer la mano oculta del socialismo, o por lo menos, la de "la seria modificación del orden social actual". De adoptarse, la aplicación al consumo de "los resultados de la producción circulante" desaceleraría la dinámica económica, y ello pruébenlo las pensiones a la vejez que detienen el flujo "del ahorro para el futuro". Algo similar ocurre con la guerra, "una forma de consumo" y también una forma "de desperdicio de capital", ante la cual Conant opta por mantenerse circunspecto. O tal vez no: blandiendo un argumento metaeconómico, Conant juzga inadmisibile una actitud de reforma "en la conducta de las razas hegemónicas". Retraerse y confinarse en sus unidades nacionales, sentencia Conant, "representa un trastocamiento de las lecciones enseñadas por cinco siglos de civilización".¹¹ El imperativo expansionista norteamericano no es entonces "una cuestión sentimental"; "es el resultado de una ley natural del desarrollo económico y racial".

La ley de la propia preservación, al igual que la de la supervivencia de los más aptos, impulsa a nuestro pueblo hacia una trayectoria que, a no dudarlo, se aparta de la política del pasado, pero que se halla ineluctablemente apuntada por las nuevas condiciones y requerimientos del presente.¹²

La confluencia de la Economía y la Biología despeja toda duda en torno al "curso final" del mundo industrial, civilizado: "la nueva utilización productiva del capital" radica en el dotar de "los medios de la producción y el intercambio" a los países que Lord Salisbury llama "decadentes", y Conant, discreto siempre, "subdesarrollados", los que "no han sentido el pulso del progreso moderno": "China, Siberia y las islas que han languidecido por tanto tiempo bajo la influencia española". Que el gobierno irrigue en todo caso las zonas áridas del Oeste norteamericano; que "los reyes de las finanzas" y los buenos inversionistas por igual aumenten la rentabilidad de sus capitales en "las empresas en el Oriente y en Africa", en el tendido del ferrocarril transiberiano. Porque en la exportación de los capitales sin oportunidad de inversión rentable en el país y cuyo exceso ocasiona desequilibrios recurrentes, y sólo en ella, está la fórmula universal para eliminar la competencia entre los inversionistas y la consecuente sobreproducción periódica y sus rupturas del orden social. No importa en el planteamiento que "los Estados Unidos sean todavía grandes usuarios de capital extranjero": lo que importa es que esa condición cada vez más transitoria no los rezague en la concurrencia a los mercados mundiales e impida que se plasme la conciencia de que "los inversionistas americanos no están dispuestos a ver que los réditos de sus inversiones se reduzcan al nivel europeo".¹³

La propuesta de Conant trasciende los términos de la cooperación empresarial-gubernamental que formula desde 1895 la Asociación Nacional de Manufactureros. Para él, lo que va de por medio es diseñar los dispositivos que no sólo aseguren los mercados preferenciales para la industria y la inversión directa norteamericana, sino

¹¹ Charles A. Conant, "Can New Openings be found for Capital?", *op. cit.*, p. 116.

¹² Charles A. Conant, "The Economic Basis of Imperialism", *op. cit.*, pp. 2-3.

¹³ *Idem*, pp. 27-29.

la infraestructura nacional e internacional que garantiza su permanencia y su responsividad a las expectativas metropolitanas. Una vez aquí, el discurso se vuelve circular. Puesto que, admite Conant, al interferir en la mecánica (clásica) de la oferta y la demanda, la concentración económica genera “el exceso de capital en el mercado” y la contracción de “su demanda legítima para la creación de nuevas empresas”; la nueva clave económica no consiste en desconcentrar, sino en valerse de la concentración para restituir, magnificado y más eficiente, el mecanismo de la oferta y la demanda. Momento pues de incorporarse al estadio superior del capitalismo que, al igual que racionalizara la acumulación de capital, organiza ahora la maquinaria competitiva sobre las bases más económicas y rentables en un mercado que se amplía y se sofisticada. Momento de acudir al *trust* para incrementar “el poder competitivo de la comunidad”, para dar respuesta al “propietario de dinero” perplejo ante la abundancia que disminuye “el potencial lucrativo de su capital”.

El *trust*: la figura suscita la aversión de los populistas, la aprensión de los reformistas. Para Hobson, con todo el impulso que dan a la hegemonía mundial de los Estados Unidos, sus “impersonalidades gigantescas” entrañan “un gran poder y un gran peligro en la vida americana”.¹⁴ Para Conant, en cambio, el *trust*, fruto del “genio financiero americano”, es el titular “del gran viraje en la historia económica. A través de él, “el imperativo categórico de nuevas oportunidades para las inversiones” se resuelve íntegramente. Ciertamente que al cerrarse ya el siglo XIX, el *trust* obliga a “un reajuste por parte de los pensadores económicos sobre los numerosos puntos de vista preconcebidos en torno a los temas fundamentales que se relacionan con la industria y el capital”.

De ninguna manera ello significa que “las máximas de la economía política clásica hayan demostrado ser falsas”. Lo que sucede es que, a partir del pánico de 1893, su vigencia doctrinal debe correlacionarse a “la dilatación del campo de la competencia”. Acentuando “el persistente motivo humano de la lucha por la existencia” y la supervivencia de los más aptos, la competencia se libra ahora “primero con los competidores cercanos, luego con los productores de toda la nación y finalmente, a una escala limitada en su propio terreno, con los competidores extranjeros”.

El *trust* —allí donde se trata de un crecimiento económico natural y no meramente del juego de azar de los especuladores que viven de sus tretas— es simplemente la combinación de varios establecimientos pequeños para asegurar una economía y una eficiencia mayores en la maquinaria de la producción. La economía y la eficiencia se vuelven decisivas en las sociedades que internamente producen más bienes de los que pueden ser vendidos con utilidad y cuyo excedente ha de colocarse en los mercados extranjeros.¹⁵

¹⁴ J.A. Hobson, “Concentration of Industry in the United States”, en el tomo II (*Industry and Finance*) de *The Making of America*, Robert Marion la Follette editor in chief, William M. Handy y Charles Higgins managing editors, Chicago, de Bower, Chapline & Co. Publishers, 1907, pp. 49–50.

¹⁵ Charles A. Conant, “The New Economic Problems”, *op. cit.*, pp. 122–123.

Nueva economía y nueva historia que invierten causas y efectos y desfiguran todo el proceso de monopolización y sus costos sociales. Para comenzar, resulta en ellas que la consolidación industrial” de los *trusts* es la respuesta a la dilatación —verdad de la competencia que los *trusts* mismos desatan y que los *trusts* mismos aniquilan y compactan, que los tritutores de la vieja economía jacksoniana pasan ahora a ser los artífices de “la recuperación de la larga postración de 1893—1897”. Puesto que la crisis no es al fin y al cabo sino “la consecuencia natural de la abundancia de capital en busca de inversión”, la historia de los negocios no es a su vez en Conant sino la apología del gran salto de los 171 *trusts* —que en 1891 operan con un capital de \$79 292 889.⁰⁰— a los 531 —que en 1903 lo hacen con \$232 807 735.⁰⁰. No se trata solamente de una cuadruplicación cuantitativa: bajo la forma de la concentración, las funciones productivas se especializan, los gastos se reducen, la productividad se incrementa, la tasa de ganancia aumenta, la inversión se diversifica y sistematiza, el capital entra en una nueva fase. Sujeto, como cualquier otra mercancía, a la ley de la oferta y la demanda, el capital halla en el *trust* al vehículo por excelencia para racionalizar su reproducción y, ¿paradoja?, “para superar el desajuste entre la oferta y la demanda de capital”.¹⁶

Evidentemente, la organización —corporativización del mercado no se realiza para Conant de manera lineal y sin aspereza. La precipitación del primer periodo de la concentración económica, admite, pudo haber acarreado algunos excesos: “las primeras consolidaciones fueron el resultado de la presión que ejerció la necesidad económica de escapar de las formas de la competencia que habían destruído a las ganancias”. Cuando las consolidaciones ocurren siguiendo “una manía imitadora”, acepta Conant, su calidad se deteriora. Además, la circunstancia de que “el público” (jamás el buen capitalista) prefiera a las compañías especuladoras sobre las “respectables” (conservadoras) y se olvidara de “la regla fundamental de las finanzas —la de que la ganancia producida por un valor corre en relación inversa a su seguridad”, propicia todavía las imágenes negativas del financiero y el corredor de bolsa. Son esas imágenes las que llevan a suponer que, como lo plantea Hobson, “las inversiones de los financieros” pervierten lo legítimo del impulso industrial porque su interés “reside en la oscilación de los valores en papel que requieren como su instrumento a la fluctuación y la inseguridad de las condiciones políticas”; una de las alucinaciones que más persistentemente prevalecen entre gentes en apariencia lúcidas y bien informadas —consigna Conant con desdén— es la concepción de que las operaciones de intercambio de valores y productos son juego puro de azar”.¹⁷

Lo grave para Conant es que a esa alucinación se sume el juicio ético (y al parecer económicamente ortodoxo) que, a partir de “una mescolanza de concepciones erróneas”, acaba por ver al liberalismo sepultado por la nueva articulación del mer-

¹⁶ Charles A. Conant, “The Future of Undigested Securities” (s./f.) y “The Growth of Trust Companies” (s./f.), en *Wall Street and The Country. A Study of Recent Financial Tendencies* (1904) New York, Greenwood Press, Publishers, 1968, pp. 21 y 22 y 206, respectivamente.

¹⁷ Cfr. J.A. Hobson, *Imperialism a Study* (1902), New Introduction by Philip Siegelman, Ann Arbor Paperbacks, The University of Michigan Press, 1967, esp. p. 359, y Conant, Charles A., “The Function of the Stock and Produce Exchanges” (s./f.), en *Wall Street and The Country*, pp. 83—85.

cado y la operación de la bolsa de valores. Porque es injusto que se censure a la mecánica corporativa que rescata la libertad económica organizándola para salvar “los contratiempos y las convulsiones de los negocios modernos” y para encausar con fiadamente (“de acuerdo al sistema industrial moderno”) los capitales (pequeños o grandes) de los individuos que ingresan a la libre concurrencia financiera, que congregan sus capitales dispersos en “reservas comunes”, en “fondos de ahorros” administrados por los *trusts* en una “gran estructura de crédito que se ha desarrollado cabalmente a lo largo de medio siglo como el factor imprescindible para la nueva maquinaria de la producción y el intercambio”. Porque es injusto que se censure a ese sistema que, apegándose al principio de “la economía del capital y del esfuerzo”, dejando atrás la existencia de “numerosos bancos con poco capital”, garantiza ya en 1903 la irrepetibilidad de los pánicos de 1873 y 1893.

Por lo general se acepta que la concentración de los recursos bancarios y el poder para actuar resueltamente en tiempos de crisis, derivados de la cooperación entre los bancos y unos cuantos dirigentes poderosos, constituye uno de los factores más vigorosos de nuestro reciente progreso industrial y de nuestra actual seguridad financiera.¹⁸

A quienes allí vean autocracia o poder extremo, dígaseles que el *trust* y solamente el *trust* permite “la creación de libre juego del capital bajo las condiciones modernas”.¹⁹ De aquí que Conant proclame al *trust* no sólo como la gran matriz organizativa universal y el gran correctivo moderno de la competencia destructiva e inútil: el que se trate de “una institución esencialmente americana” (si alguien oye de la Mexican Trust Company, sepa que se habla de “una empresa netamente americana”) certifica el alejamiento de cualquier modelo autocrático. Que las pautas de organización de los bancos y las *trust companies* hayan acompañado la vida norteamericana prueba tanto su funcionalidad en una economía libre como su operación apegada siempre al derecho y a la costumbre (financieros, desde luego). Que los directorios de los *trusts* nutran los mandos políticos del país (los secretarios del Tesoro Charles S. Fairchild y Lyman Gage o el secretario de Guerra Elihu Root o los gobernadores coloniales como Charles H. Allen, de Puerto Rico) ilustra la interrelación de lo privado y lo público que se traduce en modernidad y eficiencia. Dentro de sí, el *trust* afirma la responsabilidad y prudencia de sus administradores y fideicomisarios a través de “la uniformidad de métodos” y “el juicio de los expertos”; por otra parte, las asambleas de accionistas (virtuales congregaciones) vigilan la administración competente de la propiedad y erradican el abuso.

Por si no bastara, el sistema de equilibrio del *trust* trasciende el mero plano administrativo-contable-accionario interno: a la par que agiliza el orden libre de la producción, los precios y el consumo, el mercado de valores impide que una sola voluntad corporativa se imponga mediante la especulación, la conspiración o la ventaja indebida. En él, la publicidad de las cotizaciones y “la sensibilidad y exactitud

¹⁸ Charles A. Conant, “The Future of Undigested Securities”, *op. cit.*, pp. 34 y 35.

¹⁹ Charles A. Conant, “The Economic Progress of the Nineteenth Century”, en *Wall Street and The Country*, pp. 144–145.

en el registro de valores” anuncian al nuevo mecanismo natural e imparcial que lo mismo avala el “juego limpio” de la economía que ataja “un severo pánico monetario”.²⁰

Si bien el *trust* y la bolsa de valores concilian en Conant la organización del mercado y la libertad individual destrabada de legislaciones y planificaciones paternalistas, el argumento mayor en favor de los grandes complejos corporativos reside en su propia capacidad para generar riqueza: “de 1870 a 1900 la riqueza de los Estados Unidos se elevó de \$30 068 518 507 a \$94 300 000 000 —un incremento de más del doscientos por ciento en una generación, en tanto que la población avanzaba solamente a la mitad de ese ritmo: de los 38 558 371 a los 76 303 387. El nivel del ingreso *per capita*, por tanto, ascendió de \$779.82 en 1870 a \$1 235 en 1900”.²¹

Pero es obvio que el corporativismo mágico de Conant no se queda en la mera réplica aritmética al catastrofismo populista y el revolucionarismo socialista. Cualitativamente, la organización “trústica” del mercado es la única que puede dejar atrás, de una vez por todas, “los periodos temporales de sobreproducción, de mercados saturados y de comercio estancado”. De la misma manera que Turner postulase la dialéctica del espacio y la democracia, Conant propone la dialéctica del espacio y la prosperidad. Nueva clave iluminista de la historia, ella es la que hace que “el progreso social moderno” se finque en la fórmula del “elevar a los países subdesarrollados” para que las sociedades avanzadas mantengan “intactos sus propios sistemas sociales”.

Si para Turner la expansión territorial es la precondition de la democracia, para Conant el imperialismo es la precondition moderna del liberalismo. Ahora, ante un Hobson que considera al *laissez-faire* “no sólo impracticable en virtud de las fuerzas reales que mueven la política sino éticamente indefendible en última instancia”,²² Conant no es el ingenuo proyectista a escala mundial del universo económico de Smith o de Mill: su darwinismo sabe agotado ya el viejo esquema competitivista de los maestros y se instala en la dimensión de la organicidad corporativa y el acentuamiento de la fricción entre los superorganismos económicos, de la transnacionalización del capital y la supresión tecnológica de las distancias que “tiende un cinturón alrededor de la tierra”.

Invocar el liberalismo no significa entonces invitar a la anacronía o a la pálida confianza de que el mercado mundial quede “bajo la garantía del orden y la santidad de los contratos”; menos aún supone desarmar el montaje corporativo de la economía norteamericana una vez que se han hallado “las salidas para el capital ahorrado”. Aunque Conant manifieste no dudar de la superioridad industrial de los Estados Unidos en la nueva competencia intercapitalista, su punto de partida para internacionalizar el liberalismo es el de la reproducción de la metodología compactadora/unificadora que el capitalismo norteamericano siguió entre 1865 y 1900 y la globalización de las condiciones librecambistas que prolongan y complementan

²⁰ Cfr., de Charles A. Conant, “The Growth of Trust Companies”, *op. cit.*, pp. 205 y 212 y 213, y “The Function of the Stock and Produce Exchanges”, *op. cit.*, pp. 90 a 94.

²¹ Charles A. Conant, “The Economic Progress of the Nineteenth Century”, *op. cit.*, pp. 158 y 159.

²² J.A. Hobson, *Imperialism*, *op. cit.*, p. 225.

su organicidad corporativa. Universalizar “los mecanismos de la oferta y la demanda” envuelve así descalificar y remover el proteccionismo que cualquier entidad nacional oponga para que se resuelvan “los desequilibrios recurrentes de la superabundancia” en los países civilizados, impedir al fin que las consideraciones ajenas a lo económico (políticas o arancelarias) aumenten “los grandes riesgos” que corren los inversionistas metropolitanos.²³

“Libertad de comercio” e “igualdad de oportunidad”: en un plano idílico, ambas aseguran que los nuevos mercados, al estilo de los viejos, “frenen el poder para fijar los precios muy por arriba del punto determinado por el costo de la producción y el beneficio legítimo”.²⁴ No obstante, lugar éste para las cláusulas y contracláusulas del pragmatismo, aquéllas derivan su vigencia de su inserción (y supeditación) en una estructura tecnológica, bancaria y monetaria virtualmente mercantilista, de la aceptación de que la libertad económica de los países subdesarrollados es libertad bajo la custodia de la organización financiera y el sentido moral de los países civilizados. Y algo más: ante la eventualidad de que otros competidores pretendan alterar la autorregulación del mercado o bloquear el libre flujo de las mercancías y los capitales, el apostolado de la libertad económica implica en última instancia que las naciones que a lo largo de su historia han sido bendecidas por ella se reservan la tutela (y la titularidad) de sus engranajes básicos a través del “ejercicio del poder político y militar”. Momento en que la metafísica del mercado debe sustentarse en la física maquiavélica de la astucia y la fuerza. Momento para constancias nada ortodoxas:

el hecho de que la clausura de los mercados, la intriga diplomática e incluso la espada sean los factores en la competencia, conduce más allá del campo puramente económico y lo dispone todo sobre un escenario en el que el juego de las grandes fuerzas de la pasión, el patriotismo y el conflicto racial confiere un excepcional interés al drama de la historia universal.²⁵

2. *La teoría del nuevo estado y la nueva sociedad civil*

Conant razona muy lejos de la dogmática liberal cuando, en torno a los preparativos nacionales de la nueva economía, prescribe llanamente “la creación y la perpetuación de un Estado productor e industrial cuya competencia sea irresistible en la lucha por la supremacía comercial”. Sincronizar a Washington y Wall Street, interrelacionarlos productivamente, conjuntarlos operativamente, cancelar en fin la inútil separación del Mercado y el Estado: si para Hobson resulta parasitario y complotador el que “los intereses privados” manipulen el aparato político, para Conant ello no traduce otra cosa que el imperativo de eficiencia y organización acorde a “la ten-

²³ Charles A. Conant, “The New Economic Problems”, *op. cit.*, pp. 125–129.

²⁴ *Idem*, p. 141.

²⁵ Charles A. Conant, “The United States as a World Power —Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, (agosto de 1900), en *The United States in the Orient*, *op. cit.*, p. 190.

dencia moderna hacia la concentración"; si para Hobson todo es "esencialmente ilícito" en "el uso de los recursos públicos de la nación para salvaguardar e impulsar las inversiones privadas", para Conant ello no expresa sino "el apoyo moral de un gran Estado civilizado que es capaz de proteger los intereses de sus ciudadanos por la fuerza de las armas y se halla aprestado para hacerlo cuando la ocasión lo requiera"; finalmente; si Hobson denuncia la simbiosis empresarial-estatal como "un mal negocio para la nación", aunque sea "un buen negocio para ciertas clases y ciertas ramas productivas de la nación", para Conant ella representa un mecanismo de unificación nacional que conecta orgánicamente la economía y la política y universaliza bajo el principio de la administración al Estado civilizado.²⁶

Una certeza comparten Hobson y Conant: que el imperialismo y "la alta política de las grandes casas financieras" conducen a la transformación revolucionaria (Hobson) o superorgánica (Conant) del Estado capitalista. En términos de soberanía financiera, la "revolución política" del capitalismo norteamericano se conceptualiza en Hobson como "el establecimiento de un gran centro único de poder monetario que, fuera y más allá del control efectivo del gobierno, usurpa empero algunas de las funciones del Estado".²⁷

En términos estructural-funcionalistas, lo que Conant registra no es sino la multiplicación-universalización del *trust* a través del imperativo de "la concentración de las economías". Al absorber a los rivales en el mercado, nada tiene para Conant de sorpresivo que el *trust* penetre las estructuras políticas de las que depende su efectividad nacional e internacional. Como nada hay de criticable en que el estadista comprenda ahora a la óptica de la economía lo que antes visualizara como "puramente nacional y político", que allí capte que "el fundamento real del poderío nacional radica en la capacidad para la producción competitiva". Dejando atrás las ficciones de la imaginación, la sobria ciencia de Conant devela pues (y legítima) al "gran *trust* estatal que fusiona en una poderosa combinación todo el poder industrial y militar de la nación y lo enderesa hacia objetivos claramente económicos".²⁸

"La organización política del país debe alcanzar un grado tal de armonía y simetría que le permita dirigir todo el poder del Estado hacia políticas definidas e inteligentes", declara Conant a mediados de 1899.²⁹ Son esos los días en que, al lado de la ambición imperial, corre la obsesión de que sin unidad orgánica pueden perderse varias partidas en el tablero asiático. En principio, la concentración funcional del *trust* proporciona a Conant un modelo simplificador de la operación política del capitalismo. Ilústrelo Rusia, enemigo último, "el '*trust*' más grande del mundo". "Tal vez el imperio ruso constituya el ejemplo más perfecto del gran *trust* estatal en el que se subordinan en ayuda del poder competitivo nacional todos los recursos de la fuerza militar y política". Pocas dudas caben de ello: al proteger a la industria, al subvencionar sus productos y al formar un ejército, el Estado ruso configura

²⁶ Cfr. J.A. Hobson, *Imperialism, op. cit.*, especialmente pp. 356 a 358, y Charles A. Conant, "The New Economic Problems", *op. cit.*, especialmente pp. 154-155.

²⁷ J.A. Hobson, "Concentration of Industry in the United States", *op. cit.*, p. 57.

²⁸ Charles A. Conant, "The United States as a World Power. Nature of the Economic and Political Problem" (julio de 1900), en *The United States in the Orient, op. cit.*, p. 176.

²⁹ Charles A. Conant, "The Struggle for Commercial Supremacy" (junio de 1899), *Ibidem.*, p. 89.

para Conant “la mayor unidad económica sobre la faz de la tierra”.³⁰ No es casual que desde febrero se dedique a analizar los “motivos profundos” de las propuestas de paz que formula en Europa el zar Nicolás II y que los correlacione con “las medidas económicas que el gobierno ruso ha adoptado por varios años”.

Los líderes del pensamiento ruso —anotará Conant— llegaron evidentemente a la conclusión de que lo que Rusia necesitaba para ocupar las filas delanteras de las naciones industriales del mundo era tan sólo aligerarse de la pesada carga de los impuestos requeridos en el mantenimiento de sus grandes ejércitos.³¹

Aunque Conant anticipe y norme la visión norteamericana de Rusia como “un Estado semicivilizado y poblado por las víctimas oprimidas de la tiranía militar”, admira de ella “la unidad de propósito” y la “coherencia política” que “la forma absolutista del gobierno ruso hace posibles”. Paternalista, desarrollista, concebidor del tesoro público como una “reserva inagotable”, rector todavía de las etapas “infantiles” del desarrollo industrial y financiero, Conant teme no obstante al Estado ruso que organiza “la maquinaria de su sistema económico a manera de convertirla en la rival avanzada y peligrosa de las grandes naciones industriales”.

Toda la energía del Estado se subordina a la creación de una nación capaz de competir en el campo de las manufacturas, la industria, el comercio y el crédito, con las grandes naciones occidentales y con los Estados Unidos”. Advertencia y lección:

Otros diez años de desarrollo económico, como los que ha presenciado Rusia en los diez que acaban de transcurrir, la harán enormemente más fuerte de lo que es ahora; treinta años la harán virtualmente irresistible. Con un gobierno controlado por el propósito único de promover el desarrollo nacional, con el mejor conocimiento económico de todos los pueblos bajo su dominio, con recursos naturales casi ilimitados y con un equipamiento de su planta productiva y el suficiente capital ahorrado para permitirle un progreso constantemente acelerado, Rusia promete volverse en una generación más en el gran competidor de la raza anglosajona por la supremacía comercial y militar del mundo.³²

Con todo, el prudente Conant jamás llega a prescribir para el capitalismo norteamericano un Estado paternalista a la rusa. Sabe que, económicamente hablando, un modelo monolítico de organización política significa la parálisis del aparato productivo y reproductivo, la revocación de las garantías mayores del control burgués de la economía, las patrimoniales, las feudalizadoras de las áreas monopolistas y

³⁰ Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Nature of the Economic and Political Problem”, *op. cit.*, pp. 178 a 180.

³¹ Charles A. Conant, “Russia as a World Power” (febrero de 1899) en *The United States in the Orient*, *op. cit.*, p. 34.

³² *Idem*, pp. 35–37 y 59 y 60.

las que alternan las fórmulas públicas y privadas de la hegemonía. Por esa razón, sin desestimar las lecciones de la autocracia rusa, admitiendo el imperativo de coordinar “los elementos hasta ahora heterogéneos bajo algún poder predominante”, Conant suscribe la “nueva centralización” (“ya próxima”) que, en palabras del profesor Frederick Williams, “será más elástica en la medida en que será más compleja, y en ella el control será menos obvio y directo”.

Después de todo, y desde Locke, la esencia sinuosa y los laberintos y los pasajes secretos del *trust* se prestan a conciliar la elasticidad y la concentración, a relativizar y neutralizar, aparte siempre del equilibrismo simétrico de Montesquieu, el peso de las instituciones políticas de acuerdo a la mecánica superior de la economía.

En tanto que la pugna sea conducida sobre el terreno político —señala Conant—, la concentración del poder que permite la acción pronta y eficiente constituirá un factor virtualmente esencial en la lucha por el imperio mundial. El pueblo de los Estados Unidos bien puede tener algo que aprender en este respecto. Y es que no hay ningún motivo por el cual la libertad industrial y la libertad de debate político en el país deban ser incompatibles con una mayor consonancia de las funciones políticas de los poderes legislativo y ejecutivo del gobierno y con la concesión de amplias facultades para que el ejecutivo se haga cargo de las relaciones exteriores.³³

Punto de partida, la cuestión que Conant aborda es la que Hobson llama de la pobre adaptación de las instituciones representativas al imperio. Para éste, una nueva teoría política “muy diferente” sacude a “la teoría democrática del capitalismo”, “y la diferencia la aporta mayormente la inyección del poder del financiero en el sistema de la moderna industria capitalista”, el hecho de que “la industria en América ya no pertenezca a los industriales sino a los financieros”, a los Morgan, los Rockefeller o los Havemeyer, cuya presencia misma transgrede “la teoría ingenua del capitalismo”.³⁴

Para Conant, práctico y seco, la problemática del gobierno se remite a “la prueba final de la fuerza”: es ella la que dicta preguntarse si las ventajas que los Estados Unidos poseen “en el carácter de la raza y el desarrollo de las instituciones republicanas” no son susceptibles de convertirse en desventajas ante “la unidad y la fuerza que son consubstanciales al absolutismo”.³⁵ Dialéctico del poder, Conant receta interpenetrar y positivar la democracia competitiva y el absolutismo organizado como la condición básica para que el nuevo Estado dinamice la economía y la expanda. Axiomático, que las doctrinas del *laissez faire* “jamás perderán su valor como los pilares fundamentales de la economía política”, es evidente a la vez que “ha pasado ya el tiempo en el que las funciones del Estado podían limitarse a las que se juzgaron suficientes en la infancia de la industria”.

³³ Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, *op. cit.*, pp. 195 a 197.

³⁴ J.A. Hobson, “Concentration of Industry in the United States”, especialmente pp. 55 y 56. (Ver supra, notas 14 y 27).

³⁵ Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, *op. cit.*, p. 191.

Ante los clásicos que dejaron “libre juego a la voluntad y el genio de cada individuo en la lucha por la existencia”, ante la máxima vital de que esa lucha es “el principio subyacente en toda la vida económica, Conant recalca que la evolución histórica conduce “al principio de la asociación y la cooperación” y a la consolidación y la “especialización del talento” indispensables “en el equipamiento de un pueblo para la competencia exitosa en los mercados del mundo”. Ocasión para que el Estado se inserte, hasta donde sus actividades “no impongan indebidas a la producción”, en las zonas infraestructurales del sistema capitalista, las educativas, las monetarias o las de la ingeniería civil y militar; tiempo para que el liberalismo deje atrás su visión arcaica de las funciones del Estado y, particularmente, su concepto del gasto público. Aquí, la nueva doctrina francesa del *longue heleine* de las obras públicas muestra cómo las empresas “que no resultan atractivas al capital privado por la tardanza en obtener ganancias de ellas” pueden generar, asumidas por el Estado, “una substancial ganancia neta para la comunidad”.

Por otra parte, recuérdese la manera en la que el mismo exceso del capital ahorrado en la sociedad moderna “menoscaba la vigencia de las teorías clásicas en relación al gasto del Estado”:

las teorías clásicas son incuestionablemente correctas al aplicarse a la pobreza relativa de la sociedad de hace dos o tres generaciones, o al refutar una política que entorpece el poder competitivo, imponiendo indebidamente impuestos a la industria para mantener un *establishment* militar exageradamente desarrollado. Desde la perspectiva filosófica, empero, el incremento del gasto estatal representa un desenvolvimiento normal que deriva de la evolución de la sociedad moderna. Su razón promordial radica en la enorme multiplicación de la riqueza, que permite al ciudadano entregar al Estado, sin resentir la carga, varias veces el monto de lo que condujo a los súbditos de Carlos I a la rebelión o de lo que empobreciera a Francia antes de la Revolución. Este aumento de la riqueza produce el doble influjo de una mayor subdivisión del trabajo, que confiere varias nuevas funciones al Estado, sin que ello implique en lo más mínimo un avance directo hacia el socialismo, y el del nacimiento de empresas, que miran demasiado lejos al futuro para atraer el capital individual a través de la promesa de un rendimiento inmediato.³⁶

Aclárese bien: lo que Conant propone es un nuevo Estado capitalista, Estado consorcial y corporativo, de ninguna manera un artefacto preparador de algo tan opuesto como el socialismo. Impedir que el Estado se desvirtúe o se zafe, lleva pues a Conant a imprimirle el giro capitalista de los tiempos, a sacudirlo y depurarlo de los dispositivos de participación y debate que dos siglos antes impulsaran al capitalismo y ahora lo detienen. Se trata, en palabras de Hobson y no de Conant, de colocar al Estado “fuera del ámbito del conocimiento popular y del control popular”.³⁷ En palabras de Conant, se trata de cumplir tan sólo el imperativo concentrador-or-

³⁶ Charles A. Conant, “The New Economic Problems”, *op. cit.*, pp. 129–130 y 133.

³⁷ J.A. Hobson, *Imperialism*, p. 145

gánico-racionalizador que engrana funcionalmente a la economía y la política. Sin sorpresa, el parlamentarismo queda aquí como la gran pieza impugnada del montaje: receloso del Estado democrático en el que “es necesario convencer a la mayoría del pueblo antes de que pueda emprenderse cualquier reforma importante”, Conant contempla una Rusia “donde solamente es necesario convencer al Zar y al Consejo de Ministros integrado por hombres adiestrados en los asuntos de Estado”. Envidioso, no se resiste a comparar a unos Estados Unidos que se desgastan en la guerra de Secesión para alcanzar la unidad nacional con una Rusia que lo hace económicamente a través del *úkase* del zar, que libera a los siervos y las operaciones financieras que indemnizan a los terratenientes; la envidia sube de tono al contrastar el desasosiego monetario de los días del populismo norteamericano “y sus pomposos demagogos que recorrían las provincias y proclamaban en sus discursos que ‘el patrón oro constituye una conspiración contra la raza humana’” y la inteligencia con la que Rusia ordena entre 1895 y 1897 su sistema monetario y confiere en decreto “un valor fijo al papel moneda circulante” para asentar con ello su sistema de crédito “sobre fundamentos inexpugnables”; finalmente, la envidia es abierta al confrontar el ruidoso anti-monopolismo norteamericano y la forma ilustrada con la que el gobierno ruso incorpora y se incorpora a “las compañías por acciones”, estimula a los bancos privados que “ven crecer sus depósitos y sistemas de cuenta corriente” y en todo alienta y encausa “el progreso económico” de Rusia.³⁸

Lo que Conant propone entonces, para comenzar, es la reducción de la actividad política al esquema de “las operaciones financieras”. De aquí que, con Hobson, “el divorcio del imperialismo y el gobierno popular” no se circunscriba a subordinar el legislativo al ejecutivo como consecuencia “del predominio de la política exterior sobre la política interior”. Por su parte, la propuesta de Conant no busca cancelar la competencia política, sino plegarla a la competencia económica, sujetarla a una lógica más contablemente definida, volverla “inteligente e informada”, coincidente con los intereses internacionales de los negocios norteamericanos. “La política partidista no ha paralizado al poderío británico porque las ramas ejecutiva y legislativa han funcionado en armonía, y porque en rarísimas ocasiones se ha generado oposición a una política imperial con base en mezquinos intereses de partido”.³⁹

¿Qué importa para Conant que Hobson denuncie el control del partido Republicano por “las espléndidas contribuciones de personajes como Rockefeller o Hanna”, o advierta que detrás del “entusiasmo aventurero” de Theodore Roosevelt está el frío cálculo “de los señores Rockefeller, Pierpont Morgan y asociados? ¿Qué habría de malo en eso? El mejor partido, dirá, el partido del futuro y el partido “políticamente competente”, no puede ser otro que aquel que, en primer lugar, atraiga el apoyo de “la comunidad de los negocios” y, en segundo, ¿concesión al idealismo?, aquel que se consagre “a perpetuar los ideales de la civilización anglosajona”.⁴⁰

Más allá de lo declamatorio, Conant prefiere vérselas con el diseño pragmático

³⁸ Charles A. Conant, “Russia as a World Power”, pp. 37–46.

³⁹ Charles A. Conant, “The Struggle for Commercial Empire”, p. 89.

⁴⁰ Cfr. J.A. Hobson, *Imperialism*, pp. 77 y 217, y Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Their Advantages in de Competition for Commercial Empire”, pp. 226.

del nuevo capitalismo político. No hay así sacrilegio de por medio al preguntarse si la Constitución se adecua o no a los grandes propósitos nacionales; tampoco hay la idea de derogarla o cosa similar: se trata simplemente de enmendarla y ponerla al día “para consolidar los recursos industriales y financieros de la Unión y para hacer frente a sus rivales como potencia mundial”. La Constitución, “al igual que todo instrumento humano”, requiere revisarse, y revisarse prestando atención “al gran secreto de los ingleses” que estriba en abandonar “las fórmulas rígidas grabadas en desgastado pergamino”. El constitucionalismo inglés, que va de Juan Sin Tierra hasta los regateos del sufragio femenino, documenta para Conant que la flexibilidad normativa es el presupuesto esencial “del poder supremo sobre el océano y la habilidad para dictar las políticas financieras del mundo”. La unidad imperial de propósito y la ductilidad abierta a la oportunidad hacen así que la Constitución inglesa nunca falle “en responder al juicio ilustrado de los rectores de la política imperial británica”.⁴¹ Que ello valga para los Estados Unidos. Orgánicamente, que el ejecutivo concentre cada vez más poder, “sobre todo en los asuntos exteriores”; dogmáticamente, que ese poder jamás atente contra “la libertad industrial y la libertad de discusión política”. Punto final que no implica retorno alguno al debate popular o congresional, desconfiable e inútil, sino el recurso a la supraconstitucionalidad tecnocrática, a “la mejor opinión de los expertos”, los que, como el propio Conant, escriben en “los *journals* financieros más destacados”, los que orientan la organización política a manera de que ésta optimice “el poderío cerebral de la nación”.

El juego del constitucionalismo y el elitismo se traduce en las reglas y las excepciones pragmáticas que fijan la actividad intervencionista del Estado, evitando toda propensión o tentación socialista. Se trata de alejarse de un sistema cerrado y piramidal de soberanía política, de anteponerle una soberanía financiera siempre elástica y plural, civil y (aparentemente) dispersa. “El desarrollo político de América”, consigna John Hobson, “ha dejado a la empresa privada varias de las industrias más importantes que en los Estados europeos civilizados han quedado bajo la administración directa del Estado o la municipalidad”: a la óptica de esos márgenes de autonomía y poder empresarial, Charles Conant sopesa “los peligros o las desventajas” de la inserción del Estado en la economía corporativa y bosqueja los principios de negociación y contención a establecerse con él.

Fundamental, acéptese que si bien el poder desmedido de las combinaciones industriales “puede requerir la regulación del Estado por razones políticas”, “las regulaciones deben mantenerse dentro del más estrecho de los límites que permita la política pública”.⁴² “Constituye un trabajo delicado el experimentar con la industria. Los hombres de negocios y los financieros han sido adiestrados a lo largo de la vida para un trabajo como ése. Por la naturaleza de su ocupación, a ellos les corresponde hacer experimentos y sufrir las consecuencias de sus desatinos y sus descubrimientos. Es dudoso que los funcionarios del gobierno puedan realizar esos experimentos con mayor habilidad”.⁴³ Ello impone, por otra parte, que el Estado sea

⁴¹ Charles A. Conant, “The Struggle for Commercial Empire”, p. 90.

⁴² Cfr. J.A. Hobson, “Concentration of Industry in the United States”, p. 53, y Charles A. Conant, “The New Economic Problems”, p. 142.

⁴³ Charles A. Conant, “The trusts and the Public” (s/F), en *Wall Street and the Country*, pp. 81-82.

capaz de discernir la pluralidad de las formas organizativas privadas y evite regularlas uniforme y rígidamente. “Sería extremadamente pernicioso encadenar cualquier clase de instituciones al lecho de Procusto, de las regulaciones o las cargas que tal vez se adaptan a unas y no se adaptan a las otras”. Por caso, las modalidades centralizadoras y contraloras de la ley bancaria no pueden servir sino a los bancos y jamás a las “*trust companies*”; de universalizarlas, se atentaría contra “las instituciones que tanto han contribuido a los triunfos industriales de América en los años recientes”.⁴⁴

En línea plegada al pluralismo empresarial, la gran norma fiscal del Estado es la de que los impuestos no graven “el libre movimiento de capital de una industria a otra”; la acompaña la idea general de que se fije un impuesto moderado al ingreso aplicable a la riqueza “ya obtenida” y no a la riqueza que se halla en procesos de ser utilizada. De la misma manera, entre “las reglas de la sabiduría fiscal” figura la de establecer impuestos únicamente sobre las ganancias netas de las corporaciones y no sobre la transferencia de sus valores, a la cual sólo se le puede gravar levemente. La regla por excelencia es entonces la de “destrabar el mercado de dinero”, la de imponer “las menores restricciones” al movimiento de capital si no se quiere que éste abandone el país.

Meticulosa *pragma* la del intervencionismo conantiano del Estado: su último imperativo reside en que a quienes proponen la intervención estatal corresponde invariablemente “la carga de la prueba”, la demostración clara de su necesidad y de “los beneficios substanciales” que pueda generar “para la comunidad”. Si “la rígida puesta en práctica de las doctrinas del *laissez faire*” admite de cuando en cuando “algún relajamiento”, el postulado que no lo admite es el de la incuestionabilidad “de que los gastos estatales y la intervención estatal en los asuntos privados guardan en sí la propensión a graves abusos”.⁴⁵

La noción del “gran *trust* estatal” no envuelve así más estatismo que el que coordina y complementa la concentración económica; la centralización administrativa-ejecutiva que Conant sanciona se encamina mucho más a apagar cualquier rescoldo de soberanía popular que a apuntalar una entidad cuya lógica pueda siquiera aproximarse a la del socialismo. Al trazar los paralelos empresarial-estatales, lo que se busca es economizar lo político y no politizar lo económico:

la concentración en Washington de un poder absoluto sobre las corporaciones que incluyera la concesión legal de privilegios, su regulación por las comisiones ejecutivas y su interpretación por los tribunales federales, posibilitaría una cristalización del poder de las influencias corruptas como nunca antes ha sido posible en la historia del mundo.⁴⁶

Ni concentración del poder regulador federal ni usurpación por el Estado de “la creación de los demás”: admítase que el Estado se haga cargo de los ferrocarriles y el telégrafo, y que con ello se obtiene una relativa “certeza de imparcialidad”;

⁴⁴ Charles A. Conant, “The Growth of Trust Companies”, pp. 234 y 235.

⁴⁵ Charles A. Conant, “The New Economic Problems”, pp. 135 y 143 y 144.

⁴⁶ Charles A. Conant, “The Trusts and the Public”, p. 73.

aclárese y bien que “en el momento en el que el socialismo de Estado intente reemplazar a la iniciativa individual en las empresas que no tienen carácter semi-público, la sociedad que lo adopta se sentencia a sí misma a la declinación económica”. Y es que no habría sino “descenso en la escala de la civilización” al pretenderse substituir “el individualismo y la osadía, templados por la discreción del líder industrial americano”, por el magro raciocinio de “los miembros de una burocracia” que carecen de motivaciones industriales, productivas y competitivas. Que ellos decidan a quién conceder incentivos o qué empresas estatizar significa la muerte de “las mejores inteligencias” y el deterioro de “la maquinaria competitiva”, por no mencionar el incremento del costo de los productos nacionales y su exclusión del mercado internacional o las fugas de los capitales nacionales y extranjeros ante la declinación de las tasas de ganancia.⁴⁷

“La subdivisión del trabajo”, reconoce Conant,

impone nuevas funciones al Estado, en buena medida porque el ciudadano individual, absorbido en su propio trabajo especial por las exigentes condiciones de la nueva competencia, queda excluido del conocimiento general de los mercados y de la calidad de los bienes y de los precios que fuera posible para sus antepasados. Cualquiera que sea la tendencia última de esa legislación hacia empedrar el camino al socialismo, no puede tratarse en su esencia ni como socialista ni como reductora de la libertad del ciudadano. El ciudadano delega simplemente a sus servidores, inteligentes especialistas en un puesto oficial, las funciones que él mismo ejerciera en un Estado más primitivo, si bien con un menor conocimiento de experto y con una menor eficiencia.⁴⁸

Nadie deduzca entonces la perversión o la asfixia del individualismo empresarial norteamericano “que ha hecho posible el progreso imperial de nuestro país a lo largo de más de un siglo de libertad industrial nacional”.

América tiene un gran destino que realizar en el desarrollo industrial del mundo. Solamente puede cumplirlo aplicando a cada parte de la maquinaria de la producción el transporte y el intercambio, el principio de la mayor economía del esfuerzo para obtener la mayor suma de resultados. La oportunidad de todo hombre para elevarse por medio de su talento desde el lugar más bajo hasta el lugar más alto, el derecho de uno a cosechar y guardar las retribuciones del trabajo sin excesivos impuestos o inspecciones vejatorias, la prerrogativa de transferir bienes a los mercados de valores sin las trabas que se imponen a esas transacciones en Europa y la libertad para expandir sin aranceles locales y sin límites estatales los nuevos métodos de la economía y la combinación en el comercio y las finanzas a lo largo del

⁴⁷ Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, pp. 209–210.

⁴⁸ Charles A. Conant, “The New Economic Problems”, p. 132.

continente: allí están algunas de las armas que confieren a nuestro país su gran ventaja al vérselas con los competidores más viejos.⁴⁹

El individualismo entendido como iniciativa empresarial se vuelve así el punto compatibilizador de los valores liberales con el imperialismo y el nacionalismo, el corporativismo y la tecnocracia. A escala de sociedad civil, Conant acerca su liberalismo al liberalismo elitista y pre-fascista que cultiva ya en Italia Gaetano Mosca. Trascendiendo el hecho monopólico, su economía de la optimización del “poderío cerebral de la nación” postula que si la democracia competitiva ha de *trustificarse* y aprender “las lecciones aprovechables del absolutismo”, jamás debe desatender “el supremo poder productivo de las mejores inteligencias”. Al tanto de las lecciones de los imperios aristocráticos, inquieta a Conant el “infortunio” de Roma, que ve provenir —al lado de su “embrionario socialismo de Estado”— del estancamiento de la inteligencia industrial. Aunque encuentre que el menosprecio aristocrático por el comercio y la industria deteriora la capacidad productiva romana, sabe que “un mal más profundo que éste radicaba en la estratificación de la sociedad”.

Mommsen, Gibbon o Dill le dicen que “la sujeción de las clases mediante barreras de hierro fue la gangrena que carcomió la vida del Estado romano”; actualizando, anticipándose, Conant denuncia la estratificación que implican tanto la aristocracia de la sangre o del dinero como “el trabajo organizado o el socialismo”: todos significan “la pérdida de la vitalidad”, la condena a sucumbir ante “los rivales más democráticos y vigorosos”. Con Benjamín Kidd, la cuestión estriba en mantener las condiciones de igualdad “manteniendo un grado de desigualdad que impulse hacia adelante”. Solamente cuando la sangre nueva fluye desde abajo y constantemente hacia los niveles “llamados ‘más altos’ de la sociedad, o del campo a la ciudad, su vitalidad se mantiene intacta, y únicamente bajo esas condiciones puede un pueblo avanzar de victoria en victoria en el campo de la industria, el arte y el imperio mundial”.⁵⁰

Nada lejos de Vilfredo Pareto y su tesis de la “circulación de las élites”, dentro no obstante de la cultura popular del capitalismo norteamericano y “la tradición de Horatio Alger” —tradición sin la cual “la nación peligra”—, Conant asienta que “en la lucha por la supremacía industrial es de importancia trascendental el mantener abiertas a todas las clases las vías que llevan a las recompensas industriales más altas”. Pero la suya no es una teoría del individualismo puro o atomístico; por el contrario, habla del nuevo individualismo corporativo y bosqueja los parámetros orgánicos y organizativos en los que ocurre la nueva selección natural. Su filosofía empresarial de la historia ya no exalta al industrial como lo hiciera Saint-Simón cerca de un siglo atrás; exalta la inteligencia financiera, que es “la sangre vital de la energía productiva y su propósito moral”, que porta y defiende “la independencia y los intereses nacionales en la lucha por el imperio comercial”. Seres excepcionales los que escalan y dominan las nuevas estructuras corporativas: no se les contamine entonces con la práctica improductiva de la política o con “el infructuoso servicio de las armas”

⁴⁹ Charles A. Conant, “The future of Undigested Securities”, pp. 35 y 36.

⁵⁰ Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, pp. 217–222.

Con mayor razón, no se encadene su *pragma* creativa proyectada hacia “los ideales más altos” (“el taller lleva a los triunfos en la literatura y el arte”) con los griletes reformistas que hacen “discutibles” sus operaciones más audaces. Y es que el superhombre conantiano deriva su primado social de su consonancia espiritual con la lógica mayor del mercado, la suprema instancia natural que asegura la correcta circulación monetaria, la oportuna canalización y flexibilidad del capital y la eliminación de “los desorganizados, los mal organizados o los incompetentes”. Deposítese pues en el hombre-corporación “la libertad para extender al comercio y las finanzas los nuevos métodos de la economía y la combinación”: la dialéctica de la libertad individual y la ingeniería financiera garantiza en última instancia que la eficientización del capital no vuelnere la espontaneidad del mercado.

La libertad empresarial, ocupada “en numerosos nuevos experimentos” que combinan y concentran el capital, salta como el eje de “la fenomenal expansión de los Estados Unidos”. Ante la absurda premisa de finales del siglo XIX norteamericano, que postula que “todas las grandes corporaciones son enemigas, en su esencia íntima, de la vida económica, política o moral de la nación”, Conant formula la exigencia de que toda armazón monopólica se justifique únicamente en función de sus ventajas. Su “imparcialidad” admite incluso un carácter positivo en los monopolios sindicales (las *trades-unions*) en cuanto tienden al incremento de los niveles de vida, del consumo y de la eficiencia laboral; la misma imparcialidad dicta a la vez frenarlos cuando (recuérdense las gildas francesas) restringen indebidamente “el poder productor”, cuando destruyen “la libertad contractual” o cuando crean privilegios especiales que conducen al socialismo de Estado. Invirtiendo el argumento sobre la justicia de contener a los sindicatos que constituyan “una seria amenaza para el poder competitivo de la producción americana”, pocas razones autorizan a oponerse a las grandes corporaciones “popularmente conocidas como *trusts*”.

Al llegar a ellas, la imparcialidad de Conant pide abordarlas inteligentemente, adoptando “la sobriedad y el buen sentido”, atendiendo el mandato público del “Ven ahora, razonemos juntos”. Sin resentimientos, sepárense en torno a ellas los “hechos concretos” y los “principios abstractos” y abandónese “la agitación popular que favorece la extensión del poder del Estado de una manera radical en sí misma y que va mucho más allá de su previo ejercicio sancionado por la experiencia o por los ideales políticos americanos”. “Una de las cualidades más distintivas de los pueblos anglosajones —la que los ha distinguido de sus rivales latinos— es la de no precipitarse demasiado en adoptar abstracciones como reglas de conducta”; su respeto a “los intereses creados” (así “provengan de abusos”) les evita “episodios pintorescos” como los de abolir viejos calendarios o profanar los sepulcros de los reyes y contribuye “a su más sólido progreso en el difícil arte de vincular el desarrollo económico y la seguridad de la propiedad con el gobierno por sufragio universal”.⁵¹

Antes de ceder “a la crítica exagerada y destructiva” o de exigir la regulación federal de “la libertad de acción y de iniciativa” de “los hombres de acción”, que el ciudadano escuche a “los hombres de pensamiento” —los editorialistas y articulistas como Conant— para diferenciar “a los escrupulosos de los inescrupulosos” y consta-

⁵¹ Cfr. *Idem*, pp. 211–215, y Charles A. Conant, “The Trusts and the Public”, pp. 40 y 41.

tar lo inicuo del ataque indiscriminado de la opinión pública a los “intereses corporativos” y “la gran cantidad de bien que puede derivarse para el país de los experimentos económicos que son emprendidos ahora”. No se trata solamente de que el ciudadano comprenda en abstracto “la operación de los principios económicos en el mundo financiero”: se trata de que, apelación al hedonismo colectivo, el ciudadano calcule la parte que le corresponde en el incremento de la riqueza social impulsado por las corporaciones y su proyección internacional. Que, con Benjamín Kidd, se entere del enorme desarrollo social que promueve “la mano firme de las razas hegemónicas” al asumir la misión moral de colocar sus excedentes industriales y de capital en los países subdesarrollados. Que, en fin, aquel que no aproveche y reciba con agrado “las responsabilidades y la oportunidad” abiertas por el corporativismo-imperialismo sepa que con su actitud “fomenta el descontento que nutre en los viejos países civilizados a la revolución social y política”.⁵²

Sobre esos presupuestos, Conant da a menos de un lustro de distancia un júbilo mentís a la falacia de que “los ricos están volviéndose más ricos y los pobres más pobres”: “las estadísticas que tratan esa cuestión respaldan solamente la primera mitad de la proposición y desmienten la segunda mitad”. Para Conant, ello es el efecto de que la “*management* corporativa” y su tecnología lo inundan todo, lo revolucionen todo, los salarios y los niveles de vida incluidos destacadamente.

La riqueza que no se acumula ociosamente tiende a desarrollar nuevas industrias, a incrementar la demanda de trabajo y, por lo tanto, a elevar los salarios intensificando la competencia entre quienes lo emplean. El movimiento ascendente de los salarios ha sido acompañado por movimiento descendente de los precios. Esta proposición constituiría una paradoja increíble si no hubiera sido tan grande el incremento del poder productivo del trabajo mediante la maquinaria.⁵³

Punto éste de partida para invertir la antigua condición social de las masas, para terminar su confinamiento en los niveles de subsistencia y los claustros oscuros de la clase social. Testimónielo no sólo el fortalecimiento de “las clases profesionales” (los abogados, los médicos, los artistas, los oficinistas); dondequiera se percibe el proceso “aturdientemente rápido”, a través del cual se incrementa cualitativamente el nivel de vida de “las masas del pueblo” y se cambia el viejo *status* amorfo y ambiguo de ciudadanía (por no hablar del aún más amorfo y ambiguo del proletariado) por el moderno *status* plural asociado al consumo, el ahorro y la inversión. Lo cual valida la tesis central de Conant de que “la solución al problema laboral” radica en “el desarrollo de los países atrasados”: sin que el trabajador norteamericano haya de trabajar “bajo el sol tropical del Oriente”, sus oportunidades “en casa” se expanden “debido al mantenimiento de mercados adecuados en el exterior que absorben su enorme producción de bienes acabados y de capital ahorrado”.⁵⁴

Al estimularse nacionalmente las fuentes de trabajo y al reaccionar éstas elevando los salarios, aparece la condición para que el interés general se cifre en que la tasa de ganancia no descienda. Con ello se transforma a su vez la estructura social y psi-

52 Cfr. Charles A. Conant, “Prefacio” a *Wall Street and the Country*, pp. IV y V y “Can New Openings be Found for Capital?”, pp. 114–115.

53 Charles A. Conant, “The Economic Progress of the Nineteenth Century”, pp. 161–165.

54 Charles A. Conant, “Prefacio” a *The United States in the Orient*, pp. VI y VII.

cológica del capitalista. Porque cuando el empresario acude al “trabajador ahorrativo” para procurarse fondos que destinará a inversiones remunerativas para ambos, le extiende tanto su propia condición como su conciencia de la necesidad del imperio como la fórmula para mantener abiertos los mercados exteriores. “El trabajador se ha convertido en un capitalista cuyos ahorros sufren por la caída de la tasa de ganancias”.

Como inversionista, ahorrador o consumidor, el trabajador habrá de vérselas ahora con la cuestión de maximizar sus ventajas individuales en un mundo elástico y relativista, y ya no con el mundo cíclico y fatalista de las crisis que amenazan la permanencia misma de su trabajo. Los manuales de la nueva ciudadanía y la nueva inteligencia le dirán que el problema social universal consiste en evitar que el capital se congestione, en cuidar que no “se llegue a un punto de saturación del capital ahorrado o a un punto en que el socialismo de Estado reemplace al sistema de ahorro privado”. La nueva educación exige que todos sepan que, considerando que nunca antes había sido tan enorme la acumulación de capital, cualquier dificultad para colocarlo segura y redituablemente significa afectar no solamente a “los ‘capitalistas’ típicos de los sueños socialistas”, sino a los “numerosos millones” de individuos “de medios modestos” e incluso, con mayor dramatismo, a “las viudas, los huérfanos y quienes cuentan con pocos medios y pretenden ahorrar para los tiempos de escasez”.

De aquí el imperativo de que el capital que todos comparten de una u otra manera no sea “engullido por empresas improductivas”: “al margen de las inversiones imprudentes y la pérdida de los ahorros, la simple reducción de los réditos al capital ahorrado presenta en sí misma un serio problema social”. Un mundo más equipado en el aspecto productivo y aceleradamente dotado de capital, “al grado de requerir algo más que una nueva invención o una guerra importante para elevar la tasa del interés”, demanda soluciones radicales a su problemática económica. Justamente el futuro de “las personas de ingresos pequeños y moderados”, y el de su capacidad para ahorrar lo suficiente ante una vejez que requerirá un monto de ahorro por lo menos cuatro veces mayor para “vivir con comodidad”, lleva a Conant a plantear que, de no hallarse una fórmula anti-congestionante, las pensiones habrán de obtenerse de los impuestos, lo cual implicaría dar el paso hacia el “socialismo de Estado” —cosa que sucede ya en Alemania y se somete a discusión en la Gran Bretaña.

La educación económica inteligente no deja alternativa: “sin que ello implique la reconstrucción de la sociedad”, o se aceptan las “nuevas salidas” al exterior o se produce el estancamiento y la ruina. Solución: la supremacía comercial que gire inequívocamente en torno a “la institución de la propiedad privada, institución que parece ser tan esencial para la ambición individual y la ventaja nacional”.⁵⁵

La misma educación económica prescribe consecuentemente que, indispensable al exterior, el Estado no disturbe al interior ninguna de las mayores modalidades operativas de la propiedad privada. A partir de la figura genérica del ahorrista, desdoblándola en las personalidades del inversionista y el consumidor, Conant hace ver que los intereses de ambas —intereses “que bien pudieran ser antagónicos”— son conciliables en un juego dialéctico que debe substraerse a las regulaciones jurídicas

⁵⁵ Charles A. Conant, “Can New Openings be found for Capital?”, pp. 94 y 96.

rígidas. Aunque de ser “clara e inteligente”, la regulación económica de las corporaciones puede resultar conveniente: lo fundamental es que el consumidor-inversionista se desprenda de todo protectorado de la ley, puesto que “una condición de dependencia respecto del Estado es nociva para el genuino progreso económico”.

La compatibilización del consumidor que desea mejores precios y el inversionista que desea maximizar sus ganancias presupone aceptar que su interacción queda enteramente a cargo de “las fuerzas económicas naturales”. Que el consumidor tomó providencias sabiendo que no puede proclamarse ley alguna que sofoque “todas las cualidades que están confiriendo a América su predominio en el mundo de las finanzas”, sabiendo que toda medida extrema, desde la confiscación hasta la fijación estatal de los precios, reprime los incentivos y la habilidad de los empresarios y disminuye sus ganancias disminuyendo las de la sociedad. Que, a su vez, el inversionista sepa que nada lo protege “de la ignorancia al invertir” y que, por tanto, se eduque en el conocimiento de los diferentes tipos de inversión y en el entendimiento de que no pueden esperarse todas las ventajas combinadas en una inversión y que los altos réditos “implican inevitablemente mayor riesgo”. Porque a pesar de que la publicidad pueda “impedir el fraude palpable e insistir en las reglas saludables para la organización de las nuevas compañías”, nada impide que el público cometa tonterías, que “el atolondrado especulador” pierda el dinero y que “el hombre de la calle” pase por alto sus advertencias. Conciliar la nueva y doble condición humana no es pues cuestión de “las mejores leyes”: quien reprima la actividad corporativo-empresarial expone a la sociedad a que sus individuos productivos se vayan “a un sistema de mayor libertad económica”. Obrese con cautela en la política y el derecho: que toda norma provenga de “la experiencia y el gradual perfeccionamiento” del nuevo capitalismo y de “la acción de las fuerzas económicas naturales”.⁵⁶

Curso anticipable, los escritos de Conant conducen a la apología del elitismo gerencialista, único garante de la consonancia final de aquella doble condición humana. El Estado, incapaz de alentar el más mínimo poder creador, debe contenerse de desalentar “el espíritu de mejoramiento, que es la última fuente de progreso” y que radica en la empresa privada. A lo más, al Estado le compete proporcionar “una educación económica a quienes desean ingresar al mundo financiero”, lo que jamás significa que preceda intelectual o moralmente al demiurgo empresarial, al que cultiva las cualidades industriales más altas “haciéndolo frecuentemente con el sacrificio de su tranquilidad de espíritu y su comodidad familiar, ideales felices del hombre normal”. Exaltación del capitán de industria que, en contraste con el empleado que abandona el trabajo y concluye con ello la jornada, permanece alerta y “en la brega mental por obtener nuevos métodos que impriman economía y eficiencia directora”—lo que los franceses llaman el *entrepreneur*— queda al centro del universo conantiano. Contar con ella “es más vital para el éxito industrial del futuro de lo que jamás haya sido en el pasado, cuando la competencia se restringía dentro de mercados limitados y protegidos por la legislación local”. Así, a medida que se expanden los mercados, a medida que la virtud empresarial y la virtud militar van entrelazándose, “el capital de industria necesita poseer todo el genio para la

⁵⁶ Charles A. Conant, “The Trusts and the Public”, pp. 43–47, 49–54 y 59–61.

⁵⁷ *Idem*, pp. 63–65.

combinación y la perspicacia y prontitud de acción que caracterizan al general triunfante en el campo de batalla".⁵⁸

Sin embargo, a semejanza del liberalismo protofascista a la Pareto, el elitismo de Conant evade el caudillismo y la eventualidad de que, al insertarse en la dinámica del *trust* estatal, aquél genere la dictadura de "una junta ejecutiva integrada por un centenar de los hombres más capaces" o un absolutismo organizado a la rusa. Hora de sacarse de la manga, con la metafísica pluralista de sus días, la noción de la "democracia competitiva americana" y su reluciente mecánica del cálculo y el mercado. Impedir que el paternalismo estatal se entronice "en nuestro sistema político", impone no solamente mantener la división liberal del Estado y el Mercado, sino evidenciar la superioridad operativa— productiva de éste sobre aquél y sancionar la primacía de su impersonalidad natural sobre cualquier personalismo político o cualquier intento por redistribuir autoritaria y artificialmente la riqueza. Se trata, en suma, de cuasi-divinizar el dispositivo organizativo y coordinador en el que todos participan, y participan todos los días, y a través del cual la desgastada soberanía popular cede su lugar a la soberanía moderna y dialéctica del inversionista y el consumidor.

Más allá del mercado clásico y la oferta y la demanda perfectas, Conant glorifica ahora al mercado de valores (*stock market*) que dicta, por encima de las voluntades individuales o colegiadas, la dirección, los precios, la cantidad y el sentido de la producción "de la manera más precisa que hasta la fecha haya sido descubierta por la inventiva humana". "Si el mercado de valores fuese abolido y se estableciera el socialismo de Estado, ¿quiénes serían los jueces para decidir la ordenación de la producción"? Evidentemente, ni siquiera aquella junta de los cien más capaces lograría evitar el desperdicio de recursos frente a la imprevisibilidad de la conducta consumidora y sin contar con "el índice que proporcionan los precios de la mercancía y los mercados de valores". Mágicamente, en esos mercados se concentra "el juicio de todo ser humano en el mundo que posee cualquier interés en la producción, sea como consumidor o como productor". Conjunción de lo científico y lo democrático, estamos ante "un delicado registrador de valores, un sensitivo gobernador de la producción, un barómetro exacto de las necesidades de la colectividad".⁵⁹

Wall Street queda entonces como el punto en el que se entrecruzan las líneas vitales del mercado y la sociedad civil norteamericanos. Reformulando la teoría democrática, la Wall Street de Conant se proyecta como el paradigma de la democracia económica y como el mecanismo de contención de toda tentación autocrática o totalitaria. La naturalidad de su juego de mercado deja ver lo absurdo de las reacciones populares que imaginan que la acción de los empresarios corporativizadores se ejerce como un poder simple de arriba hacia abajo. Además, demuestra lo falso de suponer que la concentración corporativa se da como un dictado empresarial impuesto sobre una sociedad inerte. Que las grandes corporaciones triunfen no obedece a un mero mandamiento oligárquico o monopólico. "No es la concentración por sí sola la que ha producido esos resultados, sino la habilidad con la cual

⁵⁸ Charles A. Conant, "The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire", pp. 202 y 203 y 206.

⁵⁹ Charles A. Conant, "The Function of the Stock and Produce Exchanges", pp. 115 y 116.

se han manejado las combinaciones. Ello justifica al *trust* en cuanto puede justificársele. El que un *trust* o gran empresa prospere sin controlar algún monopolio natural o sin abusar de la legislación, se debe por lo regular a una habilidad organizativa superior y a la visión de su inteligencia directora. El éxito patentiza la eficiencia".⁶⁰ Por si la eficacia no bastara, la bolsa de valores se yergue como criterio último de funcionalidad y productividad. Que "las recientes operaciones de priminentes financieros americanos" sean denunciadas como la causa de "las perturbaciones a las que se han visto sometidos los precios del mercado de valores" no revela sino la ignorancia típica del *outsider*, que confunde la inversión con el juego de azar o ignora la lección transparente de que Wall Street es tan sólo el mecanismo coordinador de demandas procedentes de todas partes, un complejo procesador de presiones que de ninguna manera son determinadas por los "grandes financieros". "Es muy conocido el aforismo según el cual 'Wall Street' es sumamente popular en los periodos de precios en ascenso y sumamente impopular en los periodos de precios en descenso", señala Conant; no obstante, lo que a su juicio el público olvida es que

las cotizaciones de Wall Street son solamente el espejo de su propia estimación sobre lo que valen los valores, y que casi todos los financieros estarían tan contentos como el público si pudieran combar este espejo a manera de reflejar un valor en constante ascenso de las propiedades que ellos controlan.⁶¹

Gran lección que la ciencia política debe aprovechar. Porque más que la dictadura del capital monopolista, el proceso de concentración y corporativización significa el perfeccionamiento de la competencia y la democracia y su vinculación orgánica con la productividad moderna. Significa que manteniendo, por un lado, la mecánica plural-acumulativa-espontánea, los Estados Unidos alcanzan, por el otro, la organización más elevada y eficiente. Nuevo liberalismo, el liberalismo corporativo aparece como la "solución americana" que sincroniza y transnacionaliza el mercado, la sociedad civil y el Estado. Aunando la libertad política y la libertad económica "que ha otorgado la supremacía a los pueblos anglosajones, y especialmente a los americanos", el dinamismo que deriva de ellas permite un alto grado de competitividad ante Europa y de flexibilidad y oportunismo ante Rusia. "No es sino una regla usual el que en el conflicto entre dos sistemas opuestos, como el absolutismo organizado y la democracia competitiva, cada uno tome lo que le parece mejor de los métodos del otro".⁶² Unidad y pluralidad, centralismo y localismo, organicidad y libertad, corporatividad e individualismo: allí la densa telaraña de soberanías y semi-soberanías privadas y públicas que el capitalismo norteamericano lanza sobre el mundo.

⁶⁰ Charles A. Conant, "The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire", p. 205.

⁶¹ Charles A. Conant, "The Future of Undigested Securities", pp. 1 y 2.

⁶² Charles A. Conant, "The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire", pp. 199.

3. La teoría de las nuevas Relaciones Internacionales

Para John Hobson, el imperialismo de sus días representa

una opción depravada de la vida nacional impuesta por los intereses egoístas que apelan al ímpetu del adquisitivismo cuantitativista y de la dominación por la fuerza que sobrevive en una nación desde los siglos tempranos de la lucha animal por la existencia:

atrás quedan las ideas de Dante, Vico o Kant, del imperio como el orden internacional que garantiza la perpetuidad de la paz y se proyecta el imperialismo nacionalista como “un paso retrógrado, preñado de graves peligros para la causa de la civilización”.⁶³ Al otro ángulo ideológico, Charles Conant adopta ante el imperialismo nacionalista la actitud del entusiasmo: con él, sostiene, se abre la oportunidad de articular “una amplia política nacional” bajo la égida de la ciencia, la administración, la sangre y la religión; la oportunidad de cumplir el inmenso imperativo categórico que afirma “el derecho de una civilización superior de extender su soberanía a expensas de una civilización inferior”. A tono con el también juvenil imperialismo alemán, Conant se instala en la perspectiva profunda y mística que recaptura e interpreta fielmente “la tendencia instintiva de una raza o civilización que corre frecuentemente más de prisa que la sabiduría de sus dirigentes”; a través de ella y del providencialismo del Destino Manifiesto y de la filosofía darwinista de la historia norteamericana opone la dimensión del espíritu y la vehemencia al prosaico Hobson empeñado en ver que “Cuba, las Filipinas y Hawai no fueron sino los entremeses (*hors d'oeuvre*) para estimular el apetito de un banquete más abundante”. Biológica e históricamente, lo que está en el juego expansionista en el Caribe y el Pacífico es el cumplimiento del designio evolutivo que “los descendientes de la raza anglosajona” compactan en el continente y despliegan en “oleadas irresistibles” hacia las modernas reproducciones de “las decadentes provincias de Roma”.

Durante los años más recientes, y con mayor inquietud que en los días de Alejandro, la civilización occidental parece hallarse anhelando nuevos mundos que conquistar para su genio inventivo y su organización financiera y económica.⁶⁴

Apartándose del misticismo bio-histórico-tecnológico, el imperialismo nacionalista representa para John Hobson una distorsión económica fundamental del capitalismo liberal. Su obra plantea la profundidad de la contradicción entre la racionalidad imperialista “desde el punto de vista de ciertas clases de la nación” y la irracionalidad económica “desde el punto de vista de la nación como un todo”; y es que para Hobson el imperialismo introduce en una “falsa economía” que desvía las prioridades educativas o sociales del gasto público hacia la “alta política” empresa-

⁶³ J.A. Hobson, *Imperialism*, pp. 368 y 13

⁶⁴ Cfr. *Idem*, p. 78, y Charles A. Conant, “Putting China on the Gold Standard” (s/f), en *Wall Street and the Country*, p. 171.

rial y militar y arroja nítidamente la antítesis “del crecimiento cuantitativo *contra* el crecimiento cualitativo”.⁶⁵ Para Charles Conant, es de suponerse, el imperialismo moderno (y en particular el norteamericano) acarrea la corrección cualitativa del rumbo de la historia económica y política mundial. A escala interna, al arrebatarse a Cuba y Puerto Rico de España

siguiendo el mismo proceso de absorción de territorio adyacente que se iniciara con la organización del territorio del Noroeste, la compra de la Luisiana, la adquisición de la Florida, la incorporación de la república de Texas y la conquista de California,

los Estados Unidos añaden eslabones a la historia de participación democrática y bendición económica que Frederik Jackson Turner populariza desde 1893, historia que a su vez vuelve “reliquias medievales” tanto a las escaramuzas arancelarias del primer capitalismo industrial norteamericano como a “la vieja temática política” que girase desde las luchas populistas hasta las cuestiones sobre “la distribución de la renta”. A escala internacional, al transformarse la marcha al Oeste en marcha al Oriente, “el nuevo resplandor de los cañones del comodoro Dewey en la bahía de Manila” ilumina a los Estados Unidos el camino para la recuperación del Santo Grial de la libertad de comercio y, con él, de “la misión esencial de la democracia —la de la igualdad de oportunidades para todos”.⁶⁶

“Felizmente”, comenta Conant, el universo de conquistas que abre el nuevo imperialismo “no envuelve la cuestión de la adquisición territorial”: el abandono del “aislacionismo” norteamericano y el “orden informal” que se anuncia con ello marcan la decadencia del antiguo concierto mundial europeo y sus rígidas y exclusivistas “esferas de influencia”. Noble y amplia la libertad de comercio de Conant, que no sufre de disonancia intelectual o lógica al uncirse a la pragmática imperial del Secretario de Estado John Hay, que por una parte exige a Europa la igualdad de oportunidad en el continente asiático (la política de la “Puerta Abierta”) y por la otra considera a América Latina como una zona de “oportunidades exclusivas” e incompatibles incluso con la comunidad anglosajona (el tratado Hay-Pauncefote). Y es que la inocencia norteamericana que Conant ilustra no tiene por qué pararse en la incongruencia de emprender aquí el proceso de eliminación del “gobierno de los aventureros y los filibusteros” (los aventureros y los filibusteros europeos) y emprender allá el proceso de universalización de la Doctrina Monroe. Para un Conant que desde 1898 margina a la América Latina del discurso liberal internacional y centra éste en torno a Asia, no hay siquiera un punto elemental para establecer contradicciones.

Puesto que las coordenadas de la *frontier* norteamericana se extienden al Oriente y no al Sur, la expansión de su capital y su empresa reclama en última instancia “la acción política enérgica” en China. No se trata simplemente “de una cuestión de prestigio político o naval o de expansionismo territorial”: la “vigorosa afirmación

⁶⁵ Hobson, J. A., *Imperialism*, pp. 47 y 92.

⁶⁶ Charles A. Conant, “The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, pp. 226—227.

del interés americano” es la condición para la libertad del mercado mundial, es la única forma de impedir “las obstrucciones al curso natural del comercio que vendrán de la división de Asia entre las potencias exclusionistas del continente europeo”. A siete años de distancia, Conant se regocija con la certeza de sus juicios: la “política de la igualdad de oportunidad” de los Estados Unidos cimbra las esferas europeas de influencia y hace la nación norteamericana el portaestandarte de “la política liberal” en China (y el mundo), la única nación “que tiene las manos limpias” y que, “sometida al derecho”, no abriga el más mínimo propósito “de despojo o agresión”.⁶⁷

De nuevo pues ante el juego de las aserciones y las omisiones en que se teje el sentido norteamericano de la inocencia y la justicia liberal. Al magnificar la defensa de “una igualdad absoluta de trato para las diversas potencias y la integridad territorial y administrativa de China”, al convertir a los Estados Unidos en “la clave del arco de la libertad de comercio en China” y colocarlos “en mejor posición” que los europeos “que han tomado puertos, asesinado y ultrajado a la población china”, Conant proclama abiertamente que los intereses norteamericanos “coinciden con los intereses de la civilización”. Que el caso chino difiera del caso cubano y, singularmente, del filipino, no importa al Conant ecuánime y elástico que se cobija bajo el “imperialismo informal” para sacudirse de los viejos compromisos racionalistas del colonialismo europeo. Ya en 1898 declara Conant que

es cuestión de detalle determinar si los Estados Unidos adquirirán efectivamente posesiones territoriales, si establecerán capitanías generales y guarniciones, si adoptarán el término medio de la protección de las soberanías nominalmente independientes o si se contentarán con estaciones navales y representantes diplomáticos como el factor decisivo para afirmar sus derechos al libre comercio del Oriente.

Al calor de la generosidad de la guerra con España, Conant confía allí en que esa discusión de detalles imperiales se remita a “nuestra moralidad política y nuestras tradiciones históricas”.⁶⁸ Ahora que una vez que la práctica imperial remite en las Filipinas de finales de 1899 a la política del exterminio y los campos de concentración, Conant no se sonroja al afirmar que “el hecho colonial” nada tiene que ver con “el dogma político”. Discutir sobre el auto-gobierno en relación a los filipinos lleva “solamente a confusiones”: y es que las razas anglófonas, “preeminentemente prácticas” más que “severamente lógicas”, no pueden implantar, y mucho menos de una manera silogística, la idea de que “los poderes justos del gobierno” descansan en el consentimiento de los gobernadores. Hacerlo constituiría simplemente una aberración: la única lección de las Filipinas es que el auto-gobierno debe negarse a quienes no son competentes para ejercerlo (que eso y no otra cosa fue lo que asentaron los padres fundadores de los Estados Unidos). Ignorar el desarrollo lento y pausado de “la libertad anglosajona” y el hecho de que ésta “no fue un simple tras-

67. Cfr. Charles A. Conant, “The Economic Basis of Imperialism”, especialmente p. 33, y *American Interests in the Orient*, pp. 259 y 260.

68. Charles A. Conant, “The Economic Basis of Imperialism”, pp. 29 y 30.

plante”, no conduce sino a extender acriticamente una teoría política abstracta llevándola “a una conclusión implacable al estilo de los filósofos de la Revolución Francesa”.⁶⁹

Al supeditar la *political policy* a los requerimientos de la *commercial policy*, la prudencia imperial de Conant opta en 1905 por dejar de lado la discusión de “los problemas políticos” de las regiones que abarca la órbita norteamericana de poder. Visualizadas desde “el ángulo económico”, “las diferencias legítimas de opinión” habrán de circunscribirse allí a “lo simplemente administrativo”; así, más que propiciar o permitir el surgimiento del “conflicto partidista”, lo fundamental es hacer que el gobierno civil instalado en las nuevas posesiones alcance “la mayor de las eficiencias desde todos los puntos de vista”. Sólo bajo esas premisas se dará “el desarrollo intelectual” para el individuo “y las garantías de seguridad y orden para el libre juego de las fuerzas económicas”.

A estas alturas, las Filipinas ilustran que el progreso de “los países tropicales y subdesarrollados” depende de la mano firme de “las razas gobernantes responsables”. Su ejemplo, y el ejemplo del cercano México, mueven a la confianza en una tecnología nada desdeñable de la represión, tecnología delegable a los gobiernos nacionales maduros.

En México las insurrecciones en contra de la autoridad central, que en alguna ocasión se propagaran por semanas antes de ser conocidas incluso en la capital, ahora pueden ser suprimidas por el uso del telégrafo y el ferrocarril casi antes de que hayan tomado forma.⁷⁰

Sin embargo, el tema de la represión aparece secundario en un Conant persuadido de la dialéctica benévola del poder internacional, condición desde luego que su eje mayor sean los Estados Unidos. La instauración de “las sanciones del orden y la justicia que promueven el desarrollo industrial” a lo largo del complejo insular recién adquirido habrá entonces de orientarse hacia la compatibilización de la “permanencia inalterable” de los sistemas sociales de los países desarrollados y “el elevamiento económico de los países subdesarrollados”. A su vez, lograr ese objetivo presupone abandonar la vieja noción imperial que finca el beneficio económico de las colonias en “su función como mercados para los productos de la madre patria”: de lo que se trata es de “equipar a los nuevos países con los medios de la producción y el intercambio”, canalizando la inversión metropolitana al control directo de sus centros productivos y estableciendo la complementariedad funcional de la economía norteamericana y sus periferias.

Una filosofía lineal-productivista de la historia económica universal, en cuya agenda no hay lugar para la explotación o la desigualdad, despeja para Conant toda duda de que el nuevo imperativo categórico de la aplicación del capital metropolitano excedente en los países subdesarrollados no

⁶⁹ Charles A. Conant, ‘Prefacio’ a *The United States in the Orient*, pp. IV y V.

⁷⁰ Cfr. Charles A. Conant, “American Interests in the Orient”, p. 248, y “Putting China on the Gold Standard”, p. 172.

beneficie por igual a los países que lo llevan a cabo y a los países en los que ello se efectúa. El hecho de que en esos países se paguen réditos más altos sobre el capital que en los viejos países, tiende a demostrar que el capital encuentra allí un uso más benéfico para la humanidad y más productivo para sus propietarios.⁷¹

Pero no todo es abandonarse dulcemente a la operación multiplicadora de la historia económica liberal. Si las premisas de la filosofía de Conant conducen a dejar a "cada generación" y a su capacidad inventiva y productiva la salvaguardia contra "la sobreacumulación y la sobreproducción" que puedan derivar tanto de la competencia (por su mano de obra barata) como de la industrialización y capitalización futuras de Africa y Asia, la fe espontaneísta jamás llega al extremo de dejar al azar o a la lógica histórica la subordinación económica de los países subdesarrollados. Aunque la economía moderna permita prescindir de una armazón política pesada y rígida a la manera de los viejos imperios, la tarea de articular el imperialismo "desde adentro" (*from within*) de las naciones periféricas impone montar en ellas toda la mecánica sujeta que parte de "la organización de las finanzas modernas".

Al lanzar los tentáculos orgánicos del financiamiento internacional se soluciona, por una parte, fundamental, el problema de que los países desarrollados cobren una autonomía tal que rompa la división darwinista del trabajo mundial; por la otra, se resuelve la cuestión inmediata de cómo pagarán los nuevos países desarrollados considerando su escaso poder de compra y el volumen insignificante de su comercio. "El mecanismo de las finanzas modernas", señala Conant,

no solamente permite los préstamos directos de grandes sumas de dinero a los países extranjeros para su desarrollo, sino que también estimula la reinversión constante del interés que se obtiene sobre esos préstamos. En su gran medida, esos préstamos no se entregan en moneda o en metálico sino en maquinaria agrícola, equipo ferroviario, puentes y medios de apoyo para los trabajadores.⁷²

Cuando Conant habla así, su papel como el diligente amanuense del imperialismo norteamericano ha sido ya desempeñado en buena parte. Reorganizador monetario en las Filipinas, introductor en ellas de la nueva hegemonía bancaria, Conant se solaza en 1903 de haber establecido allí un "sistema operativo" que regula el volumen de la moneda "con precisión automática" y de acuerdo a los mecanismos naturales de la oferta y la demanda monetaria. Más allá del "bimetalismo internacional", al que acude circunstancialmente, Conant hace ver la manera en la cual el comercio y la prosperidad de las Filipinas van asociándose a la estabilidad monetaria y a las relaciones que se dan "más con los países que han adoptado el patrón oro que con los que utilizan la plata". Con todo, dejando atrás la de las Filipinas, la experiencia modelo que Conant invoca para ilustrar la orientación natural hacia

⁷¹ Charles A. Conant, "American Interests in the Orient", p. 249.

⁷² Cfr. Charles A. Conant, "Can New Openings be Found for Capital?", pp. 118-120, y "American Interests in the Orient", p. 254.

los Estados Unidos del nuevo orden intercambiario mundial es la del México de Porfirio Díaz y su "círculo de talentosos personajes", que entra en una fase de "rápido progreso" al abolir las barreras arancelarias interestatales y promover el comercio exterior y la inversión extranjera. "Se estima que en México han sido ya invertidos \$700 000 000 de capital americano en la extensión de los ferrocarriles, el desarrollo de la minería y la construcción de fundiciones y fábricas". Talón mexicano de Aquiles: el proceso "ha sido recientemente detenido por las fluctuaciones del valor oro de la plata". "México ha empezado a reconocer, empero, la enorme desventaja que representa un patrón monetario que difiere del de los países comerciales con los cuales tiene tratos": añádase, lo que en Conant es decisivo, el que los inversionistas extranjeros desconfíen de México, abriguen el temor de que su oro se convierta en plata y que disminuya la rentabilidad de sus inversiones.⁷³

Pero un México inventariado ya, como las Filipinas, en el activo económico y geopolítico norteamericano, no viene a ser sino el buen ejemplo para normar la metodología del acceso al Oriente y, en particular, a la China, que se dibuja como la nueva e inobjetable *frontier*. Apenas en la infancia en cuanto al tendido de vías férreas "y otros elementos de la civilización occidental", que China acelere el proceso de unificación de su vida económica nacional constituye para Conant el preludio impostergable para la conjunción internacional de su mercado con el de los Estados Unidos. Desde luego, la confianza de Conant es alentada por su convicción acerca del pro-norteamericanismo virtualmente automático de todo nacionalismo moderno, democrático, dinámico. Por si así no fuera o, mejor, para que así sea, lo esencial es instaurar allá "los modernos métodos de crédito" que, a la vez que abran a China al exterior, "introduzcan a las masas del pueblo chino en los hábitos comerciales de Occidente". Ello determina que "uno de los siguientes pasos lógicos para la apertura de China sea la adopción de un sistema nacional de moneda": y he aquí que México aparece de nuevo ya no como el modelo abstracto de economía abierta, sino como el gobierno concreto que solicita la cooperación china para remediar las fluctuaciones monetarias y la incertidumbre cambiaria en un país en el que el dólar mexicano de plata compite con el dólar británico acuñado en Bombay y la piastra francesa utilizada en Indochina. Ambos, México y China, acudirán en enero de 1903 a los Estados Unidos para que éstos contribuyan "a asegurar la estabilidad del intercambio": presto, Theodore Roosevelt nombra, "con la autorización del Congreso", la comisión integrada por Hugh H. Hanna, Jeremiah W. Jenks y, no necesariamente en ese orden, Charles A. Conant.⁷⁴

La erudición monetarista y bancaria de Conant y su reciente experiencia filipina hacen inobjetables sus argumentos y sus técnicas de unificación monetaria. "El primer objetivo de las comisiones americana y mexicana ha sido el de establecer el patrón oro en China", informa Conant a sus lectores; y narra a partir de allí las vicisitudes de las comisiones para convencer a los virreyes provinciales chinos, los cuales al plegarse y por plegarse a Conant quintaesencian "La habilidad, la previsión y el patriotismo", sobre las ventajas del sistema y para convencer igualmente a los bancos extranjeros que operan en China y que, a pesar de las utilidades que obtienen

⁷³ Charles A. Conant, "Putting China on The Gold Standard", pp. 176 y 199-200.

⁷⁴ *Idem*, pp. 174 y 177.

de las fluctuaciones monetarias, captan con "egoísmo ilustrado" la conveniencia a largo plazo del patrón oro. Complementando la estrategia conantiana de la sujeción monetario-financiera de China, el conocimiento técnico de la problemática monetaria y el de la incorporación al patrón oro de la India Británica, los Países Bajos, Bélgica y Francia, dictan a su vez instaurar gradualmente su vigencia a partir de las costas para evitar que China succione el oro europeo y americano. Establecer "un sistema monetario sano", limitar en él la injerencia gubernamental, sujetar la actividad cambiaria "al patrón oro como el medio más práctico y eficiente bajo las condiciones actuales", evitar el crear una "moneda cara" cuya renta elevada grave a las empresas: todo gira alrededor de la premisa previa de que "la organización del crédito es también una parte integral del mecanismo de la competencia en el cual los elementos fundamentales son la economía, la flexibilidad y la más alta de las eficiencias".⁷⁵

Al avisorar la nueva uniformidad-elasticidad-organicidad monetaria y bancaria, Conant pergeña, aun antes de la comisión en China y más allá de la vieja teoría del balance del comercio, lo que podría llamarse la nueva división internacional del trabajo financiero. "Uno de los aspectos más notables del capitalismo moderno es el desarrollo de las naciones cuyas funciones preeminentes parecen ser las de prestamistas, banqueras y transportadoras". Pruébalo una Gran Bretaña que, de frente a las concepciones mercantilistas, importa más que exportar, y ello sin ir a la bancarrota. Aunque Conant sujete "a razonable debate" el éxito a largo plazo de la Gran Bretaña, lo que no cuestiona es que, "al menos por varios años, las naciones capitalistas con una gran reserva de capital excedente colocado en el extranjero ocuparán una posición de mando en las finanzas mundiales".

Para los Estados Unidos, que dejan atrás el periodo "de la escasez de capital y las altas tasas sobre él", resultará decisivo aprovechar, con todas sus implicaciones, la circunstancia de que ya aparezcan Estados extranjeros como solicitantes "en el mercado de dinero de Nueva York". Impulsado así su ingreso en el campo de "las finanzas internacionales", quedan dos grandes imperativos para elevarse en "el círculo de las potencias mundiales". Por una parte, desde el ángulo económico, será imprescindible "obtener la mayor capacidad productiva a través de la eficiencia de la maquinaria competitiva y el trabajo"; por la otra, desde el ángulo político, se vuelve fundamental el "mantener abierta la oportunidad para el libre juego de este poder competitivo en los mercados mundiales".⁷⁶

En torno al primer punto, Conant recalca que la organización concentrada y a gran escala representa la respuesta de la industria norteamericana a las complejas condiciones de la vida productiva moderna y sus revoluciones tecnológicas, a la especialización, a la aceleración en la reproducción de capital y "al desarrollo de los mercados organizados". Las cifras de la consolidación y expansión de las compañías industriales entre 1898 y 1903 y el modo ascendente de los valores que manejan, aporta a juicio de Conant "una nueva ilustración de la supervivencia de los más aptos". A toda empresa le toca en adelante prepararse para "la prueba de la

⁷⁵ Charles A. Conant, "The New Economic Problems", p. 145.

⁷⁶ Cfr. *Idem*, p. 148, y Charles A. Conant, "The United States as a World Power. Nature of the Economic and Political problem", pp. 156 v 157.

competencia", que determinará su "servicio económico neto" en términos comunitarios; acudir, en suma, a la nueva metodología financiera, intercambiaría y transportista en la que residen "los elementos de supervivencia" de cualquier moderna unidad productiva.

En torno al segundo punto, los Estados Unidos deberán prepararse a su vez para participar y ganar en "una lucha justa bajo condiciones de libertad económica": respetuosos de "la libre concurrencia y la igualdad de oportunidad", habrán de emprender "una política diplomática continua y resuelta", ajena al partidismo, a la fanfarronería histórica y al amateurismo consular, promovida no solamente por "la comunidad de los negocios", sino por todos aquellos que deseen "la perpetuación de los ideales de la civilización anglosajona". "La lucha por el mantenimiento de los mercados libres y la igualdad de oportunidad en los países subdesarrollados implicará una diplomacia prudente, una firmeza atenuada por la discreción extrema y una disposición para actuar rápida y eficazmente en caso de necesidad."⁷⁷

Todo impone que, "para no ser aplastados contra la pared por la fuerza de las demás grandes potencias civilizadas", los Estados Unidos prosigan una política nacional inalterada por el juego de los partidos y ocupen su lugar en "el nuevo orden de cosas", aprovechando "la maravillosa transformación que ha ocurrido a partir de 1893 en sus condiciones financieras y económicas". La universalización del capitalismo financiero, que en Hobson anuncia al nuevo parasitismo global y en Lenin, luego, al futuro terrorismo internacional del crédito, aparece en Conant como el gran motivo de júbilo histórico y científico. Sin la menor mala conciencia, en él consta la esencial neutralidad instrumental de los mecanismos de las finanzas modernas, diseñados "pieza por pieza para hacer frente a la demanda en constante aumento de métodos más eficientes que den movilidad al capital". Nada sino ciencia puede advertirse en

la estructura compleja pero simétrica de los bancos de depósito, de la emisión de notas, de las compañías por acciones, de las bolsas bancarias de compensación, de las bolsas de valores, de la transferencia telegráfica del crédito y el arbitraje de las transacciones accionarias y comerciales.

Nada sino sofisticación técnica puede hallarse en la densa red financiera que permite, "con pasmosa celeridad", la inversión constante del dinero y la reinversión de dividendos, funciones éstas "de los bancos y las bolsas de intercambio que reducen toda operación al principio elemental de compensar una transacción contra otra". Universo extraordinario el que Conant dibuja, inasible ya a la inteligencia arcaica del socialista, del formalista jurídico o del crítico de la sociedad.

Las finanzas internacionales se han convertido en una potencia que hace caso omiso de los límites territoriales, que presta escasa atención a los sentimientos personales y de clase y que, en algunas ocasiones, *dicta sus propios términos a las naciones*.⁷⁸

⁷⁷ Charles A. Conant, "The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire", p. 224.

⁷⁸ Charles A. Conant, "The United States as a World Power, Nature of the Economic and Political Problem", p. 173. El cursivo es nuestro.

La visión de Conant de la competitividad superorgánica de las naciones regulada por la mecánica compensatoria del mercado mundial de capitales mueve a considerarlo una suerte de Adam Smith del liberalismo corporativo norteamericano. Y es que en su nuevo mecanismo impersonal-imparcial para la asignación internacional de valores y recursos puede incluso discernirse una tendencia benévola, creativa, productivista.

Al igual que la nueva división del trabajo financiero compatibiliza los intereses de las naciones acreedoras y las naciones deudoras, el montaje en sí del capitalismo financiero no tiene por qué generar beneficios para dos “en sus funciones ordinarias”. Para Conant, sus dispositivos neutrales

gobiernan el equilibrio de los valores en diferentes mercados al enviar el capital a aquellos mercados donde su renta resulta ser más alta y, por lo tanto, donde su eficiencia es mayor para atender las necesidades de la especie. El libre movimiento del capital entre los mercados internacionales, egoísta y despiadado como parece serlo, no es en realidad otra cosa que la fluctuación del barómetro de la necesidad y la oferta, la aplicación de la ley de la máxima utilidad al más sensible y responsivo de los instrumentos del desarrollo social moderno.

Mecanismo por encima de toda sospecha, lo maravilloso es que incline la historia universal en favor de los Estados Unidos a través de la astucia económica que desde la crisis de 1893 va desalojando al capital extranjero “a causa de la desconfianza hacia nuestra política financiera”, proceso que, con todas las pérdidas que ocasiona, es compensado por las exportaciones que duplican las importaciones.

Cabe preguntarse —reflexiona Conant en 1899— si los resultados últimos de la crisis no contribuyeron, a un alto costo, a acelerar la independencia financiera que puede hacer que en el futuro Nueva York sea la competidora de Londres por el control de los mercados monetarios mundiales.

Configurando una respuesta, Conant transcribe el comentario de *L'Economiste Européen*, quien afirma el 23 de diciembre de 1898 que “los Estados Unidos están alcanzando la independencia comercial y amenazan a las naciones europeas en todos sus mercados”, y la advertencia de Marcel Dubois, profesor de la Universidad de París, acerca de cómo “la emancipación económica” de los Estados Unidos representa para Europa “un verdadero estado de crisis, una paz armada”. Orgulloso de pertenecer a “los Estados Unidos de América” y no a los “Estados Desunidos de Europa”, Conant documenta finalmente, tanto con “la confesión de los rivales” como con las estadísticas sobre exportaciones o préstamos y depósitos bancarios, la convicción de que aquéllos, “con Nueva York a la cabeza, se hallan al clausurarse el Siglo XIX en los umbrales del imperio comercial y financiero del mundo”.⁷⁹

Ahora que serán los mismos tonos amabilistas, compatibilistas y espontaneístas del librecambismo conantiano los que van conduciéndolo al extremo opuesto, si

⁷⁹ Charles A. Conant, “The Struggle for Commercial Empire”, pp. 80 y 81 y 84–86.

bien ominosamente complementario, del militarismo. Al ver a los Estados Unidos como los seguidores de una Gran Bretaña, que aparece como “la adalid de los mercados libres”, y al mismo tiempo, comprobar la renuencia de la mayoría de las naciones europeas para aceptar las fórmulas anglosajonas del intercambio internacional, Conant concluye que en “la carrera por la supremacía económica” a darse entre “las naciones decadentes y subdesarrolladas” se impondrá la remoción de los obstáculos artificiales a la libertad de comercio, así ello implique “el áspero conflicto”. Porque, asienta Conant, si aquellas potencias abandonasen la protección arancelaria y adoptasen políticas no restrictivas, “el poderío político o militar” sería innecesario para dar fluidez a la salida de los bienes y los capitales norteamericanos. Ocasión pues para que el razonamiento monetarista y financiero confluya con el razonamiento estratégico y militar que en esos años desenvuelve Alfred Thayer Mahan. “Casi como por obra de magia”, anuncia Conant desde los primeros escritos imperiales: “la importancia del poderío marítimo, como el agente avanzado de la supremacía comercial, lanza su resplandor sobre la inteligencia del país”.⁸⁰

Conciliar eficiencia y libertad; lograr que “el campo de la competencia se mantenga abierto, incluso mediante el ejercicio, de requerirse, de la máxima fuerza militar”; universalizar “los ideales superiores” de los pueblos anglosajones: el acento se carga más y más hacia lo biológico y lo místico. Por una parte, Conant sabe aquí que “a la larga, la sociedad actúa instintivamente apegándose a las líneas del desarrollo natural”: antes de que los teóricos descubran “la causa real” de la depresión de los noventas, el pueblo norteamericano tiende al imperialismo por la vía visible de los accidentes —“los accidentes no son otra cosa que la maduración de la oportunidad”. De consumo, la libertad y la necesidad empujan a la empresa imperial: “Ha llegado nuestro turno de participar en la lucha por los mercados extranjeros y, en apariencia, como resultado de un accidente en la bahía de la Habana, se ha abierto repentinamente para nosotros el camino del destino en el Oriente”. La dialéctica de la biología y la economía muestra claramente que no hay accidente alguno en la expansión mundial de “los grandes Estados civilizados”. En estricto rigor, es “la presión del capital excedente” la que, en palabras de Benjamín Kidd, impulsa al “control de los trópicos” como los nuevos espacios de una libertad anglosajona incuestionablemente más perfecta que la latina, la eslava y la germánica. Al desafiar a “las fuerzas organizadas del absolutismo”, la “democracia unida de América” hace suyo el viejo emblema de una Massachusetts que “busca con la espada la paz gentil bajo el escudo de la libertad” (*Ense petit placidam sub libertate quietem*).⁸¹

Si el militarismo queda como el presupuesto norteamericano de la libertad, recuérdese no obstante que éste jamás suple las virtudes de la empresarialidad. Más que un proyecto político o militar, proyecto que se deja a la clarividencia geopolítica de Mahan, la propuesta conantiana apunta a la creación de los mecanismos económicos que reproduzcan la hegemonía financiera de los Estados Unidos y rompan la supremacía bancaria británica. Taimadamente, declarando a la Rusia que se acerca irresistiblemente al norte de China como la rival más formidable del “bloque an-

⁸⁰ Charles A. Conant, “The Economic Basis of Imperialism”, *op. cit.*, p. 2. (Ver *supra*, nota 5).

⁸¹ Cfr. Charles A. Conant, “The Struggle for Commercial Empire”, pp. 63 y 64 y “The United States as a World Power. Their Advantages in the Competition for Commercial Empire”, pp. 227.

gloamericano" en "la supremacía comercial y militar del mundo", el control monetario y crediticio de China se convierte en el primer paso para desbaratar "el dominio (de Inglaterra) sobre el capital y los recursos del mundo". Conjugando la certidumbre monetaria y la elasticidad bancaria, el planteamiento de Conant será el de que "un sistema bancario capaz de llevar a cabo grandes transacciones a través de sus filiales en todas las partes del mundo resulta ser casi tan esencial para la supremacía financiera como lo es un patrón monetario firmemente establecido."⁸²

El montaje hegemónico culmina al fijar Conant las prioridades en el flujo de las inversiones norteamericanas en China, al orientar a los consorcios bancarios para que inviertan al nivel infraestructural en los ferrocarriles y "en los campos de la energía y el transporte", que aseguran "una firme posición en el Oriente" y "el control de la riqueza minera y los tesoros de China". Sabedor del valor de la dependencia tecnológica e incluso del imperialismo cultural, Conant aprende de las estadísticas de un Japón que entre 1888 y 1898 duplica sus exportaciones y cuadruplica sus importaciones; la manera en la cual, al equipar a los nuevos países con la maquinaria de la producción y el intercambio modernos, "se les vuelve clientes de los viejos países"; poco más allá, Conant insta a promover el "progresivismo" y aún el nacionalismo chinos y a despertar al país de su largo letargo educando sus mejores jóvenes en los Estados Unidos. Dentro de su filosofía de la historia económica, el esquema de Conant establece por último la compatibilidad "en todo punto con el progreso y la prosperidad de China" de las inversiones norteamericanas interesadas "simplemente en hallar mercados más amplios".

Risueñamente, Conant no ve problema alguno años más tarde en "el hecho de que las obligaciones de China hacia los Estados Unidos estén incrementándose constantemente": alquimia de los negocios, le resulta evidente que "el poder productivo de China se incrementará en una proporción aún mayor, de tal manera que ganará en la operación a pesar de que su deuda exterior aumente". Futuro promisorio: llegará el día en que, siendo capaz de exportar más y adquirir más, China capitalizará y redimirá sus obligaciones de la misma manera que lo hicieron los Estados Unidos.⁸³

Sin mala conciencia imperial, políticamente abiertos a los usos del nacionalismo, financieramente más flexibles que Europa y comercialmente favorecidos "por la demanda de productos americanos en Europa (y no a la inversa)", el "orden informal" que los Estados Unidos diseñan con Conant ofrece modalidades hegemónicas que contravienen las premisas espontaneístas de la libertad de comercio. Por una parte, si la filosofía de la historia económica no hace dudar que, algún día, Africa o Asia darán el "salto" que las equiparará a Alemania, Rusia o los Estados Unidos, la cuestión del tiempo en que ello acontecerá no encuentra "una respuesta precisa". lo tranquilizante, empero, es que la mecánica monetario-financiera trazada por Conant deja ver que "la revolución en las condiciones de producción" se pospone allí por lo menos durante una generación. Por la otra, anticipándose también a los eventos, el esquema se complementa con el necesario cálculo del agotamiento de Europa, agotamiento que Conant visualiza desde el ángulo de las reservas energéticas.

82 Charles A. Conant, "The Struggle for Commercial Empire", esp. p. 87.

83 Charles A. Conant, "American Interests in the Orient", pp. 255-257.

Aunque se rehúse a entrar en “el dominio de la imaginación”, los datos le indican que en Europa ocurre ya “el rápido encogimiento de las reservas de carbón” (“un factor tan vital en la guerra industrial como en la guerra moderna en el océano”); aunque su espíritu capitalista le haga confiar en “los sueños de los químicos” e incluso vislumbrar los usos de la energía solar, la objetividad de la historia y los números le arroja la imagen de una crisis carbonífera que, al lado de “dificultades productivas cada vez mayores”, de “grandes excedentes de población” y de la pérdida (“relativa y no absoluta”) de la eficiencia productiva, colocan a Europa, y destacadamente a Inglaterra, “ante la posibilidad de desastres que van más allá de los límites de una crisis temporal y que llegan al punto del colapso económico final”.⁸⁴

Con Mahan y, en medida todavía mayor, con el inglés Halford J. Mackinder, omitiéndolos empero, Conant discurre en 1905 en torno a los grandes cambios en las rutas internacionales de comunicación y “el corrimiento del eje del mundo”. Siempre adelante de la complacencia norteamericana que se siente al centro de las nuevas rutas con el canal de Panamá, que John Hay se negase a compartir en 1900 con los británicos, la ambición de Conant enlaza la geopolítica de los espacios democráticos y la geopolítica de los espacios vitales, la *frontier* y el *lebensraum*; prosigue, en suma, la geopolítica marítima de Mahan con la geopolítica terrestre de la proyección hacia la *heartland* euroasiática de Mackinder. Discreto, Conant —sin atreverse a ver en sus cálculos “un juicio comprensivo y exacto”, el que el razonamiento geopolítico europeo precise el nuevo eje del mundo en Asia Central— valida sus planteamientos de principios de 1899 en derredor a Rusia y la inminente terminación del ferrocarril transiberiano —“el sueño de los estadistas rusos a partir de 1850”.

Rusia disfrutará de la ventaja de ocupar la línea interior desde la cual puede golpear a sus enemigos en el flanco europeo o en el flanco asiático con la fuerza y la precisión de Napoleón cuando era capaz de llevar a cabo su política favorita de separar y derrotar a los ejércitos adversarios.

Al año siguiente, Conant añade la preocupación por el potencial económico del ferrocarril, que hará surgir “nuevos centros comerciales en el corazón de Asia”. Ante el avance autocrático de una Rusia que se mueve “sobre las líneas de menor resistencia”, la misión de los Estados Unidos es la de contener su expansión: representantes de “la civilización occidental en su sentido más verdadero”, de “los intereses más elevados de la civilización”, de no hacerlo solamente exhibirán “cobardía y decadencia”. A la altura en que el ferrocarril se termina, el imperativo de las materias primas multiplica la insistencia: “los Estados Unidos no pueden permitirse el que la política de otras potencias los excluya de una propiada participación en las oportunidades que allí se encuentran. Nada en la vida es tan vital como la lucha por la existencia”.⁸⁵

⁸⁴ Cfr. *Idem*, p. 261 y Charles A. Conant, “Can New Openings Be Found for Capital?”, pp. 118–119.

⁸⁵ Cfr. Charles A. Conant, “Russia as a World Power”, pp. 56–59, “The United States as a World Power. Nature of the Economic and Political Problem”, pp. 185–188, y “American Interests in the Orient”, p. 262.

Pragmáticamente, el ensamblaje de los componentes de la teoría conantiana del imperialismo informal anuncia los contornos del nuevo orden mundial; así, el orden inter-estatal no resulta en él otra cosa que siervo del orden intercambiario. Dejar atrás la rigidez de la política de las esferas de influencia obliga en Conant a plantearse la idea de un orden libre que, trascendiendo la esfera de lo político y expresando la lógica de la organización financiera, concilie darwinianamente los principios del *laissez faire* y los principios de la organicidad y la eficiencia corporativas. De aquí que su proposición general sea la del sistema internacional como el espacio cuasi-bursátil donde se da la competencia entre los Estados concebidos desnudamente como *trusts nacionales*.

La internacionalización del *trust* debe entonces entenderse en Conant muy aparte de la noción "fabiana" del *trust* de la civilización", o de la tesis posterior del ultraimperialismo de Hilferding o Kautsky. Mientras la primera, sostenida por el reformismo imperialista tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos (Franklin Henry Giddings), establece el compromiso tutelar de las "razas superiores" sobre las "razas inferiores", la segunda implica el acuerdo inter-imperialista y la eventual formación de un supermonopolio mundial: ambas, si bien en grado diferente, presuponen la articulación de una premisa valorativa de bienestar y ventaja común para las metrópolis y las periferias y "alguna organización que represente los intereses internacionales".⁸⁶ Y nada menos funcional que ello para el Conant incapaz de pensar en los términos de un Super Estado o un Super-Trust, con toda la rigidez operativa y normativa que involucrarían.

Económicamente, la contingencia de que cualquier monopolio supranacional interfiera en la mecánica competitiva de los precios aparece lejanísima en Conant.

Aunque sea concebible una combinación internacional que restrinja el comercio, ésta no se perfeccionaría fácilmente en el caso de los bienes manufacturados en razón de las diferencias de lenguaje, de materias primas, de estilos, de costos de transporte, de métodos bancarios y crediticios y de las otras condiciones de la producción.

De la misma manera, repulsivo en sí, el monopolio político de un Super-Estado se contrapone al concepto conantiano del Estado como entidad empresarial, como esa suerte de *trust* de *trusts* que auna bajo la *corporate management* la eficacia técnica, la democracia accionaria y la protección al inversionista y el consumidor. Rechazar cualquier forma organizativa internacional definida se impone a la vez porque ella introduciría mecanismos políticos y planificadores que trabarían toda la infraestructura financiera, monetaria y bancaria que se prepara a dictar sus propios términos y estructurar inteligentemente la economía mundial. Además de que, finalmente, contravendría la concepción del "gran *trust* estatal", cuya misión radica en "la afirmación y la custodia de los mercados exclusivos por una parte y el incremento del poder competitivo nacional en los mercados libres por la otra".⁸⁷

Pero si, exponente de la política internacional posliberal, corporativa, el Estado

⁸⁶ Véase al respecto a J. A. Hobson, *Imperialism*, especialmente pp. 226 y 280.

⁸⁷ Cfr. Charles A. Conant, "The New Economic Problems", pp. 141 y 142, y "The United States as a World Power. Nature of the Economic and Political Problem", pp. 175 y 176.

norteamericano ocupa y retiene sin matices sus esferas de influencia —y aquí recuérdese el silencio de Conant en torno a la América Latina—, lo verdaderamente amenazante de ese Estado asoma en su persistencia en ostentarse el abanderado de la política liberal internacional. Porque con ésta no se blande un anacronismo inocente: por el contrario, con ella se legitima una *pragma* internacionalista que, en el nombre de la ambivalente soberanía espontánea del mercado, intercambia al antojo el nacionalismo y el internacionalismo, el liberalismo y el exclusivismo, el poder económico y el poder militar. Al invocar las “fuerzas naturales” del mercado, la lógica “informal” del capitalismo financiero se universaliza no sólo para permitir el ejercicio políticamente incontrastable de la usura internacional, sino para exigir la remoción de aquellos elementos que a juicio de sus titulares alteren la libertad del mercado, como los preparativos del ferrocarril transcaspiano, que a la lente de Conant proyectan una Rusia napoleónica sobre Persia y el flanco occidental de la India. Sin embargo, aunque Rusia quede como el enemigo último, la presencia y la intransigencia europeas en Asia hacen que Conant lance en relación a ellas los desplantes que anuncia ya en 1905 a los Estados Unidos del siglo XX:

la negativa a otorgarnos la libertad de colocar nuestra producción excedente de bienes y de capital nos impone el deber de resistirnos a que se cierre de golpe contra nosotros la puerta de la oportunidad económica en el Oriente, y a hacerlo inclusive por la fuerza, si es que las circunstancias de nuestra política nacional y nuestro honor nacional lo requieren.⁸⁸

JOSE LUIS OROZCO*

⁸⁸ Charles A. Conant, “American Interests in the Orient”, p. 264.

* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y Jefe de la División de Estudios de Postgrado.